

Transmisión generacional de duelos no elaborados.

Apuntes para la clínica

Tipo de trabajo: Monografía

Docente Tutora: Prof. Agr. Rosa Zytner

Docente Revisora: Prof. Adj. Claudia Martínez

Octubre, 2014

Montevideo, Uruguay

Casal, Pablo

4.232.440-0

Resumen:

En el presente trabajo se estudian algunos aspectos de la transmisión entre generaciones desde el punto de vista psicoanalítico. Para esto se realiza una introducción de varias teorías sobre el tema para definir algunos de los conceptos más utilizados en la actualidad y generar una articulación entre los mismos.

La “transmisión transgeneracional” en psicoanálisis refiere a los procesos y mecanismos psíquicos que obran en la transferencia de contenidos psicológicos y modalidades afectivas o de comportamiento entre distintos sujetos, y particularmente de una generación a la/s siguiente/s. Son diversas las vías en que se realiza dicha transmisión o influencia, siendo la más encontrada en la clínica la transmisión de eventos o situaciones vividas como traumáticas que fueron silenciadas y mantenidas en secreto por una primera generación. Se incluyen duelos no elaborados o “suspendidos”, incestos, humillaciones, caídas en desgracia u otros aspectos vergonzosos para la familia.

A pesar de marcarse pactos implícitos de silencio en la fantasmática familiar que transforman el contenido transmitido en no-dichos o no-representados para las generaciones siguientes, estas últimas comienzan a sufrir el efecto del secreto que insiste de diversas maneras, dependiendo de la historia de esa familia en particular.

En el trabajo se exploran los mecanismos de transmisión, la naturaleza de lo que se transmite, las consecuencias para las generaciones que reciben dicha transmisión y las particularidades clínicas del tratamiento de estos pacientes. Se desarrolla tanto en las situaciones de transmisión patológica como en las no patológicas.

Palabras clave: Transmisión transgeneracional. Duelos no elaborados. Cripta y Fantasma. Identificación alienante.

Índice	Pág
1. Introducción	3
2. Modos de transmisión generacional.....	4
3. Consideraciones sobre el duelo y el trauma.....	10
4. Importancia de la transmisión en la familia y sus dimensiones.....	14
5. Algunos aspectos de la transmisión: procesos identificatorios.....	20
6. Secreto familiar y silencio	24
7. Clínica de la cripta y el fantasma	25
8. Observaciones para la clínica.	29
9. Viñeta clínica.	33
10. Conclusiones	36
11. Referencias bibliográficas	40

1. Introducción

“...cuán fácil le es para el común de la gente decir que lo que les pasa es hereditario y cuán difícil nos es a nosotros justificarlo y teorizar acerca de ello.”

– Janine Puget, 1998, p. 305

El objetivo del presente trabajo es estudiar algunos aspectos de la transmisión entre generaciones desde el punto de vista psicoanalítico.

La elección del tema corresponde al entendimiento de que si bien la transmisión es estudiada a lo largo de la formación en psicología, es tomada solo en relación a otros conceptos clásicos. Con esto se refiere a que son varias las instancias en que se estudia lo que podría llamarse “lo heredado” o “el proceso de transmisión de una herencia” desde distintas escuelas psicológicas, pero siempre en función de otros desarrollos que no se detienen a pleno en los mecanismos de la transmisión, particularmente en la que se da entre las generaciones.

Quizá esto se deba a la relativa novedad que presenta el estudio de la “transmisión transgeneracional” en psicología, concepto muy reciente y cuyos mayores hallazgos aparecen principalmente a partir la década del 80’, en las escuelas francesas y rioplatenses de psicoanálisis. Dichos avances en el área parten de una reinterpretación de textos freudianos sobre lo inter-subjetivo, y de la necesidad de una nueva teorización para la clínica debido a la demanda de pacientes con un dolor generacional que estanca su desarrollo psíquico.

La perspectiva de las generaciones y su atravesamiento en la vida pulsional del sujeto es por esto una teorización bastante nueva, pero que ha tomado gran impulso en las corrientes de psicoanálisis vincular principalmente. Se pasa el eje desde un abordaje que privilegia los efectos de la estructura psíquica de los padres y allegados, a uno que hace hincapié en los efectos de los eventos particulares vividos por ellos (Tisserón, 1997a).

Es por ello que se decide adentrarse en el tema como eje conductor de esta monografía, lo que brindará una herramienta más a la hora de trabajar como psicólogo.

Hablar de transmisión implica que tiene que haber algo a transmitir, una manera de transmitirlo, un emisor y un receptor de la transmisión. Cuando se piensa en la lógica de las generaciones, la transmisión se dará con años de distancia y lo transmitido será de una generación a otra distinta, frecuentemente la siguiente. Esto difiere de la transferencia por el habla, que se hace en un mismo momento histórico.

Se presentan las siguientes interrogantes: ¿qué es lo que se transmite psíquicamente? ¿de qué mecanismos se sirve? ¿es éste un proceso universal o ocurre solamente en algunos contextos o situaciones particulares, por ejemplo traumáticas? ¿qué papel cumplen la familia y los vínculos más cercanos en ello? ¿qué consecuencias psíquicas conlleva para los implicados? Y por último ¿cuál es la forma de trabajarlo en la clínica?

Dadas las anteriores incógnitas se intentará en el trabajo explorar los mecanismos de transmisión, la naturaleza de lo que se transmite, las consecuencias para las generaciones que reciben dicha transmisión y las particularidades clínicas del tratamiento. Esto se desarrolla tanto en las situaciones de transmisión patológica como en las no patológicas, precisando las diferencias pertinentes.

Para ello, se desarrollará un paneo del estado del arte sobre el tema, para definir algunos de los conceptos más utilizados en la actualidad y buscar una articulación entre estos, siempre con la intención de generar una apropiación de los mismos. Así, se aportará también una visión crítica con respecto a algunos temas, y se articulará lo generacional con la temática de los duelos llamados normales, los duelos “suspendidos”, lo traumático, y algunos conceptos de la dinámica interna familiar que pueden influir en el despliegue de los mismos.

Finalmente se expondrá un breve caso tomado de la bibliografía que ilustre algunos de los conceptos anteriormente desarrollados, y que haga luz de su utilidad clínica a la hora de comprender las dinámicas específicas que presenta la terapia con estos pacientes. Se refiere en particular a aquellos pacientes con una alienación de origen generacional con respecto a su propio psiquismo que estanca el proceso de análisis.

2. Modos de transmisión generacional

“Si los procesos psíquicos no se continuaran de una generación a la siguiente, si cada quien debiera adquirir de nuevo toda su postura frente a la vida, no existiría en este ámbito ningún progreso ni desarrollo alguno.”

-Freud, Tótem y Tabú (1912/1986, p. 51).

Ya desde la obra freudiana puede verse un fuerte interés del psicoanálisis por aquello heredado o transmitido desde los ancestros. Kaës (1997) separa el interés de Freud en la transmisión de aspectos psíquicos en dos vertientes, siendo la primera en relación a la transmisión de la neurosis, y la segunda en cuanto a la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones. La primera se configura en la interrogante de la cura, por lo que remite a la transferencia psicoanalítica y los proceso identificatorios, mientras que la segunda se centra en la hipótesis de la transmisión filogenética.

En *Tótem y Tabú* (1912/1986) Freud reformula la cuestión, desarrollando la transmisión por identificación con los padres y la transmisión generacional o resabio de las huellas mnémicas adquiridas en la interacción con las generaciones precedentes.

Con relación a esto último, en *Moisés y la religión monoteísta* (1939/1986) Freud postula el concepto de *herencia arcaica* conformada por fragmentos de la vida psíquica transmitidos de generación en generación, fragmentos o huellas mnémicas de orden filogenético aportados en el nacimiento mismo que son referentes a factores constitucionales del individuo.

Nuevamente Kaës (1996b) declara que el Freud de *Introducción al narcisismo* (1914/1986) al postular que "...el sujeto de la herencia, como el del inconsciente, está dividido entre la necesidad de ser para sí mismo su propio fin y ser el eslabón de una cadena a la que está unido sin la participación de su voluntad." (p. 20) presenta un apuntalamiento del narcisismo del niño en el narcisismo de la generación anterior, y resalta la importancia del conjunto inter-subjetivo del que el individuo es heredero y servidor. El hombre dado su atravesamiento generacional se divide entre ser uno en su singularidad y a su vez ser heredero y sujeto de grupo en la especie.

Así también, Freud en esa obra plantea *His Majesty the Baby* como aquél que vendrá a cumplir los deseos irrealizados de sus padres, quienes esperan esto de él. El narcisismo de los padres preexiste a la incorporación de objeto que es la identificación primaria, nexo entre generaciones. Se habla de investiduras y de designaciones de lugar predisuestas por el discurso anticipatorio de los padres a la llegada del niño (aspectos desarrollados en el capítulo 4 de este trabajo). Este último mediante las identificaciones edípicas reconoce los deseos conscientes e inconscientes de sus ancestros, tanto aquellos dirigidos a él como aquellos que no.

Como destaca más tarde Kaës (1996a), al postular Freud que el Yo deriva del Ello que es en su esencia hereditario, y que el Superyó como sucesor del Edipo se forma en relación de espejo al Superyó de los padres, estaría enunciando que no hay instancia del aparato psíquico adulto que pueda tomarse totalmente independiente de las formaciones análogas de los ancestros. Lo mismo sucedería con el Ideal del Yo. Asimismo Faúndez (2010) agrega que a través de esta herencia entre las instancias los padres mantienen a los hijos como sucesores de sus deseos, inhibiciones y tabúes.

Kaës (1996a) señala un impulso o empuje pulsional del ser humano a transmitir o interrumpir una transmisión a través de medios distintos al lenguaje y a la ligazón psíquica. Este imperativo inconsciente de los padres se basa en prevalencias de autoconservación (anhelo narcisista de inmortalidad), necesidad de que lo propio perdure en la generación siguiente (vía de transmisión de los tabúes). La naturaleza del objeto o,

para ser más exactos, la configuración de objeto psíquico transmitido (afecto, representación, fantasía), va a determinar el modo de transmisión (desarrollado en el capítulo 5 de este trabajo).

El autor afirma que el sujeto no puede pensarse sin ser un sujeto de herencia. La negación de la propia herencia en el individuo desencadena fantasías de autoengendramiento. El sujeto de herencia es sujeto de grupo, formado en el entre cruce de las determinaciones traídas del funcionamiento intrapsíquico con aquellas que le son impuestas en relación a lo intersubjetivo en cada grupo del cual es parte: familia, instituciones, etc. Mediar entre ambos ámbitos será labor del aparato que permite significar e interpretar las expresiones deformadas de los sentimientos de los otros al que Freud refiere en *Tótem y Tabú* (1912/1986), y mencionado más adelante en este trabajo.

Freud, a entender de Kaës, (1996b) distingue cuatro términos que refieren a la transmisión: “*die Übertragung*” (la transmisión) al hecho de transmitir o la transmisibilidad, pero que también designa para el psicoanálisis los procesos de transmisión de pensamiento, de la telepatía o los fenómenos de contagio o sugestión, y el concepto de transferencia. Por otro lado se presenta “*die Vererbung*” (la herencia), que remite a lo que se transmite por legado o por herencia; “*die Erwerbung*” (la adquisición) categoriza a la adquisición resultada de la transmisión; y finalmente “*die Erbllichkeit*” (la heredabilidad) que refiere a lo heredado.

De ello Kaës toma para su propia teoría la separación en dos modalidades de la transmisión. En una de ellas ocurre una transformación de los contenidos transmitidos que es llevada a cabo por aquel que los recibe, apropiándose de los mismos en un terreno que es transicional. Esta sería la transmisión **intergeneracional** o entre generaciones, que constituye el soporte de un narcisismo sano. La transmisión no es pasiva, se hace una recepción activa del paquete identificador. Las predisposiciones psicológicas heredadas deben ser estimuladas por eventos de la vida particular del sujeto para activarse. De esta manera, Freud en *Tótem y Tabú* (1912/1986) trae citando a Goethe: “Lo que has heredado de tus padres para poseerlo gánalo.” (p.52)

Las formaciones ideales, los mecanismos de defensa, los ritos, enunciados míticos y avatares de la represión son apropiados por el sujeto mediante un trabajo de metabolización y representación de estos objetos que lo preceden, los cuales transcribe dejando la negatividad de lado (tomada aquí como repetición de lo idéntico). La palabra se convierte en el medio privilegiado pero no único para este tipo de transmisión, dado su carácter transicional.

Esta forma que toma lo transmitido por las identificaciones es necesaria entre generaciones para la constitución del psiquismo mencionada anteriormente, y el conjunto

social puede facilitar u obstaculizar estos procesos de elaboración y producción de lo novedoso.

Por otra parte, la transmisión puede darse de forma inamovible cuando los objetos no son adaptados por el sujeto a su propio psiquismo, produciendo las modalidades de transmisión de lo traumático. Aquellos objetos que no son aptos de apropiación quedan atrapados en la imitación y la lógica de lo idéntico que no permite el espacio de la novedad y el efecto personal propio que le suma el individuo a la historia que recibe.

Aquí la transmisión sería **transgeneracional** ya que se da “a través” de los sujetos y presupone la no concretización de un espacio intersubjetivo de reconocimiento mutuo propiamente formado, poniendo trabas a la elaboración generacional de las fantasías secundarias. Sería una transmisión trans-psíquica debido a que ocurre una abolición de los límites y del espacio psíquico personal, moviéndose contenidos a través del sujeto sin detenerse en su singularidad. Según Larbán (2013) predominan en este caso las identificaciones al agresor y la identificación proyectiva, que deposita contenidos propios en el otro.

Lo que se transmite en esta modalidad es lo que falta o falla en el proceso represivo, lo que no fue inscripto o no tuvo tiempo para pensarse. Aquí no se transmiten palabras sino contenidos puros, cosas, lo no advenido. Son aquellos rasgos *transmitidos en negativo* (explicado más adelante), en ausencia de representación, objetos bizarros o significantes en bruto sin inscripción adecuada y transferidos principalmente por el afecto.

De distintas maneras estos significantes no significados “ocuparán” el espacio psíquico de la persona dejándolo ajeno a su vida pulsional, alienándolo con respecto a su propia historia y perpetuando el trauma. Lo no elaborado o comprendido en una generación ensayará su respuesta en las generaciones siguientes en actos, inhibiciones del pensamiento, enfermedades recurrentes, buscando un otro que le aporte sentido *après-coup* a lo vivenciado (Delucca y Petriz, 2004).

En cualquiera de las formas que tome la transmisión, lo que se transmite es una huella, un signo o, en el caso patológico, la ausencia del mismo que escapó a la instancia represora. Por esto mismo, en *Tótem y Tabú* (1912/1986) se declara: “Nos es lícito entonces suponer que ninguna generación es capaz de ocultar a la que le sigue sus procesos anímicos de mayor sustantividad” (Freud, p. 52). En este texto se profundiza en el fenómeno de la transmisión de contenidos entre las generaciones que habilitan a que el ser humano construya sobre lo ya alcanzado por sus ancestros, siendo que de lo contrario cada generación se vería obligada a comenzar desde un principio el aprendizaje de la vida.

Según Freud (1912/1986), cada sujeto tiene un aparato capaz de captar y corregir las deformaciones en los sentimientos, que las escuelas francesas y rioplatenses

posteriormente llamarán “transmisiones en negativo”, que las generaciones anteriores les trasladan, principalmente afectos resultantes de la represión del predecesor. Esta idea es también tomada en *Introducción al narcisismo* (1914/1986) donde se declara que sobre el niño se deposita el cumplir con los sueños y deseos irrealizados de los padres.

Para entender un poco más la conceptualización teórica de *lo negativo*, un paréntesis. Como expresa Raznoszczyk (2011), Winnicott introduce el concepto en referencia a la experiencia de ruptura de la continuidad respecto de la presencia anhelada de la madre. Más tarde su concepción sería ampliada por otros autores, entre ellos Green y Kaës. Lo negativo vendría a tomar la forma de un modelo de relación objetal internalizada, es el estado en el que las cosas siguen existiendo cuando no son perceptibles ni en el mundo interno ni en el externo. Al regresar el objeto (la presencia de la madre), ya tiene incorporado un rasgo de lo negativo que no se desactiva. Es la *representación de la ausencia* del objeto, que se crea en base a la anterior presencia del mismo.

Aplicado a la *transmisión en negativo* el concepto refiere a que no se transmite solamente lo positivo, que brinda sostén a la continuidad narcisista y a la mantención de los vínculos, sino también se transmite lo que nunca ha sido asimilado en términos de experiencia psíquica, por lo que a nivel subjetivo nunca ha ocurrido, no ha sido representado o no es representable. Se incluyen culpa, vergüenza, objetos perdidos, duelos “congelados” (Rojas, 2000).

Según Bertin y Aliani (2011), el sujeto al dar respuesta a la necesidad de apropiación de lo transmitido se posiciona más cercano a una de las dos posturas: el extremo que liga a las fantasías de autoengendramiento bajo la fórmula “yo me hice solo” o, a la inversa, en la imposibilidad de sustraerse del Otro y quedar atrapado en su abrazo que anula el deseo propio. De esta manera, el juego se daría entre las dicotomías heredar-poseer y alienarse-separarse.

Rotenberg (2008) por su parte, plantea la imposibilidad de no transmitir al formar parte de una cadena generacional. La transmisión psíquica resultaría un proceso inevitable en la familia, se la llama transmisión trófica, y se la diferencia de la transmisión de la patología o de lo traumático.

En cualquiera de los casos planteados anteriormente, el concepto de transmisión manejado se aleja de la idea de transferencia “pura” de información o mera transposición de eventos psíquicos, separándose también de la noción de repetición como reproducción exacta. Ello nos habla de una concepción no mecánica del psiquismo, al que se lo considera activo y a su vez único, dado que dos sujetos distintos no se apropiarán de igual manera de los eventos transmitidos desde sus ancestros. Tal es el caso de las diferencias entre hermanos.

Desde este punto de vista, se entiende lo transmitido generacionalmente como material proveniente del psiquismo familiar que funciona a modo de **influencia** o provocación sobre el sujeto, y que está sometido a un proceso particularmente singular de ese sujeto (Tisseron, 1997a). Esto da lugar a nuevos fenómenos psíquicos absolutamente nuevos, únicos e irrepetibles. Si se piensa la transmisión en términos de influencia se hace énfasis en la interpretación del mensaje por parte del receptor, y en que las influencias así tomadas son recíprocas. Se habla de una *repetición que nunca es exacta*, dado que la persona no es exactamente la misma, y tampoco lo es el contexto socio-histórico y familiar en el cual se lleva a cabo tal repetición. He aquí la imposibilidad de lo idéntico, de la búsqueda de la pulsión de repetición que nunca logra perpetuar totalmente su objetivo, pero que no cesa de intentarlo.

Al respecto Tisseron, citado en Madariaga (2003), hace énfasis en la capacidad del sujeto de re-crear el material psíquico que le es ofertado para reorientarlo en su campo motivacional y representacional hacia objetivos propios. Concepción de un sujeto activo y autor del propio devenir de su historia, lo que marca que el material de contenido traumático heredado no sea necesariamente una traba en el desarrollo de su estabilidad psíquica. En cualquier caso: se produzca la apropiación elaborativa de los contenidos heredados o sean estos incorporados a modo de quiste o repetición de lo “idéntico” en el sujeto, el *encuentro* debe darse. Se produce una instancia de interacción con el material psíquico transmitido, y frente a este encuentro que es nuevo se da una re-estructuración y procesamiento del campo simbólico y del mundo comportamental del sujeto, sean cuales sean las consecuencias posteriores. La transmisión resulta entonces siempre un proceso construido entre generaciones.

Pensado a la luz de la teoría vincular, puede entenderse que todo vínculo es productor de historia ya que cada uno de los sujetos sufre una transformación al estar integrando ese vínculo. Transformación y re-construcción única e irrepetible. Por otro lado la transmisión en su vertiente patológica podría tomarse como un intento de evitar el vínculo en su potencialidad, de desproveerlo de su poder creador e historizante y repetir un vínculo pasado que no crea nuevos (otros) personajes. Los sujetos se ven arrastrados a una historia que no les pertenece, a ese vínculo “impuesto”, y que intenta alejarse de la transformación recíproca que corresponde a cada nuevo encuentro.

Dado lo anterior, parece muy adecuada la definición de Gomel (1997):

Transmisión generacional será entonces el modo peculiar en que verdades y saberes, odios y amores, deudas y legados, posibles e imposibles, se traspasan de los odres viejos a los nuevos sosteniendo que la voz de las generaciones no se silencie (p. 26).

3. Consideraciones sobre el duelo y el trauma

“Los muertos son unos invisibles.
No son unos ausentes.”
San Agustín.

El proceso de **duelo** es el trabajo de elaboración psíquica que debe realizar un sujeto frente a la pérdida de una persona amada, objeto libidinal, un ideal, una abstracción o una representación querida. El duelo sería una reacción universal frente a tal pérdida. Freud en *Duelo y Melancolía* (1917/1986) plantea que el doliente debe realizar un trabajo intrapsíquico de varias etapas que resulta lento y doloroso, donde el encuentro de la fantasía con el principio de realidad y la eventual sustitución del objeto cobran protagonismo (Bodnar y Zytner, 2000).

El psiquismo en un inicio intenta desacreditar la pérdida mediante varios mecanismos de defensa, a saber la negación, escisión, disociación, desmentida entre otros. Dichos mecanismos intentan lograr el reencuentro con el objeto perdido. Durante esta etapa se da una pérdida de interés por el mundo exterior, toda la energía psíquica del sujeto se concentra en los recuerdos del objeto duelado y en el dolor que sufre. Se produce una entrega incondicional al duelo que no deja energía psíquica disponible para otros intereses.

En cuanto a esto, Bowlby, citado por Biedermann (1991), plantea que el trabajo de duelo se inicia con una fase primera de *embotamiento* en el cual se actúa en negación de los hechos, como si nada hubiese pasado. Seguido de esto sobreviene una fase de *anhelo y búsqueda* caracterizada por una actitud activa constante en investigación sobre la persona duelada, proceso que se da a nivel de emociones y fantasías, a sabiendas de la pérdida del objeto.

Según Freud (1917/1986) luego se busca darle un sentido a la situación, para poder hacer una renuncia al objeto. En términos generales el principio de realidad logra imponerse y el Yo debe decidir si seguir el camino del objeto y desaparecer o, lo más habitual, considerar las satisfacciones narcisistas del estar vivo, y romper el lazo con el objeto perdido. Entonces el evento se torna en un recuerdo doloroso pero no disruptivo.

Aparece un tipo de angustia particular como respuesta a la imposibilidad radical de reunirse con el objeto, marcada por el principio de realidad. Ante el reconocimiento de la pérdida del objeto, el sujeto abandona lentamente la investidura libidinal que le tenía adjudicada, liberando recuerdo a recuerdo.

El tiempo y el monto de adaptabilidad de la respuesta que brinde el sujeto al transitar el recorrido antes mencionado y volver a su estado “normal”, dependerán de los recursos psicológicos disponibles por el individuo, y del sostén emocional que le brinde su entorno.

En algunos casos, la imposibilidad de realizar el trabajo de duelo proviene de las vivencias en relación al objeto perdido, a la ruptura de la continuidad psíquica o intergeneracional que impactaron dejando la impotencia y la muerte omnipresente instalada a modo de quiste en el psiquismo. De esta manera, asumir la pérdida del objeto y elaborar el duelo puede ser vivido como una traición a la lealtad que se tiene a ese objeto, dejándolo ir. Entonces en vez de una elaboración del duelo lo que se despliega es un convivir con el mismo, que queda suspendido (Bodnar y Zytner, 2000). La fidelidad funciona como un mandato super-yoico que obliga al sujeto a mantenerse en contacto con el objeto perdido, en un eterno proceso de duelo sin tiempo.

Se entiende pertinente la concepción de Bleichmar (2010) sobre el *duelo patológico*. El mismo dice que implica un estado básico donde el individuo desarrolla sentimientos de impotencia para recuperar al objeto duelado y su relación con él, la cual se sentía como proveedora de bienestar personal. En dicho estado conviven momentos donde predomina la tristeza y otros donde se despliegan mecanismos defensivos e incluso hasta alucinatorios como intento de escapar a la misma.

Lo que caracterizaría a este tipo de duelos como patológicos sería la idealización retroactiva en el presente del objeto, cuyo recuerdo se reconstruye engrandeciéndolo y dotándolo de condiciones que antes no se sentía que tuviera y las cuales, dada ahora su falta, causan mucho dolor psíquico. Se produce entonces una *fijación primaria* al objeto que es previa a la pérdida del mismo, y luego una *fijación secundaria* o fijación al objeto fantaseado construido en el presente, y considerado razón de un estado de felicidad pasado. La elaboración de estos duelos requiere de un doble trabajo en función de la fijación primaria en relación a aquello que impide la separación del objeto o la búsqueda de objetos sustitutivos, y de la fijación secundaria centrada en la des-idealización del objeto (Bleichmar, 2010).

Por otra parte, la reacción *melancólica*, como vertiente del duelo patológico, se impone cuando el sujeto no puede tolerar el abandono de la investidura libidinal del objeto, por lo que establece una identificación con él dado el deseo de incorporación del mismo. La libido antes perteneciente al objeto duelado y ahora libre en vez de buscar investir un objeto nuevo, recae sobre el yo (Laplanche y Pontalis, 1996). Se acompaña a diferencia del duelo normal de fuertes niveles de perturbación del sentimiento de sí o empobrecimiento del yo: autorreproches, autodenigraciones y la expectativa de castigo. Estos reproches fueron inicialmente dirigidos al objeto de amor pero rebotan hacia el yo propio. La melancolía, a diferencia del duelo normal que nace sólo de la pérdida-muerte real del objeto, puede surgir además de vivencias que conllevan a la amenaza de pérdida del objeto, en la relación ambivalente que establece con el mismo.

Al respecto, resulta interesante el planteo de Wardi mencionado por Bodnar y Zytner (2000) sobre los sobrevivientes del holocausto judío. Se presenta la metáfora de *vela conmemorativa* mediante la cual un sobreviviente de la Shoáh impone a uno de sus hijos el mandato de servir de nexo entre el pasado y el presente, manteniendo la tradición judía de perpetuar la memoria de sus familiares muertos. Estos hijos se conforman en verdaderos memoriales vivos de los difuntos, cristalizando en su cuerpo la incapacidad de sus padres de llevar a cabo el duelo debido por el familiar fallecido. Se señala que no se trataría simplemente de un proceso de identificación con la figura del muerto, sino que se produce a nivel subjetivo un congelamiento del tiempo en la forma de sustitución del presente por el pasado.

Gampel, citada en Bodnar y Zytner (2000), aporta el concepto de *identificaciones radioactivas* para las situaciones en que elementos intolerables para el psiquismo penetran desde el mundo externo al interno y se tornan irrepresentables. Son restos de influencias radioactivas de la realidad externa que quedan incluidas en la realidad psíquica y obligan a la actuación de las identificaciones ajenas, tanto en el individuo que sufre la inserción de estos contenidos como en sus descendientes (Bodnar y Zytner, 2000).

Es por ello que en los casos de transmisión entre las generaciones de contenidos fuertemente cargados de experiencias traumáticas puede entenderse que no se trata ya de una elaboración del duelo, sino de una convivencia con el mismo a la espera de su resolución en las generaciones venideras (Bodnar y Zytner, 2000). Sólo el acceder a los mecanismos de desmentida transitados en la familia y que mantienen el secreto y el silencio familiar va a poder abrir la puerta a un indicio de trabajo de duelo.

Por otra parte, el concepto de **trauma** hace referencia a una experiencia de vida o la secuencia temporal de varias experiencias pequeñas con una intensidad muy grande e impactante, que produce un pasaje a un estado de gran excitación tan rápidamente que el psiquismo no encuentra el tiempo necesario para poder darle respuesta. La homeostasis del sistema psíquico se rompe y el principio del placer queda abolido. De esta manera, se afirman las vías de la compulsión a la repetición (pulsión tanática) por no ligadura y/o elaboración, que intenta anular la temporalidad (Rojas, 2000).

Otras concepciones más modernas del trauma (Zytner, 2014) lo definen como la reacción psicológica derivada de un suceso traumático, considerando a este último como algo especialmente destructivo o disruptivo de la continuidad psíquica y la vida de uno o varios individuos, una familia o una o varias comunidades afectadas.

Los sucesos o experiencias traumáticas son acciones específicas que se originan en contextos sociales de violencia extrema y persecución, lo que genera en los

sobrevivientes consecuencias en relación los niveles de destrucción a los que estuvieron expuestos.

La llamada *vivencia traumática* será el resultado de un proceso psíquico desplegado por la ruptura que impone el hecho en la continuidad esperada, que se da de forma violenta y desestructuante e irrumpe la normal articulación entre el mundo interno y el mundo externo. Debido a esto aparece una imposibilidad de transformar el suceso en una experiencia narrativa en el registro simbólico, quedando un vacío en la representación y una fijación al trauma. Por su parte los recuerdos traumáticos tomarán la forma de fragmentos y reaparecerán como complicaciones psicosomáticas, síntomas o actos involuntarios.

Es importante señalar que lo relevante no es la naturaleza del trauma en sí sino la incapacidad del individuo o de su familia de elaborarlo y sobreponerse a la angustia que conlleva, teniendo en cuenta que algunos sucesos traumáticos son por su propia naturaleza in-elaborables y necesariamente devienen trauma. Lo que la víctima necesita para iniciar una posible resolución del conflicto es el reconocimiento por parte de los otros de la experiencia, lo que constituye el segundo momento del trauma. Esto refiere a que en los casos de trauma patológico ocurre una falla de la respuesta en el medio frente al evento traumatizante y sus efectos, a través de los mecanismos de negación, silencio y desmentida.

Tal es el caso de los padres que califican a su hijo de “mentiroso” frente a situaciones que generan mucha angustia para la familia, o a los duelos suspendidos provenientes de sucesos sociales catastróficos de gran violencia y desamparo como los genocidios y dictaduras militares. Aquí puede verse el complejo correlato que se plantea entre los procesos individuales y los procesos sociales de duelo, donde la disociación y la negación son fenómenos que se presentan en ambos planos. Esto brinda renovada significancia al papel del duelo colectivo como sostén de la elaboración de los duelos individuales y del trauma social que repercute en las generaciones posteriores.

En cuanto a este punto y volviendo a los duelos individuales, las consecuencias en las generaciones siguientes se abren en dos posibilidades: la primera sería en cuanto a los caminos de la repetición que paraliza el tiempo subjetivo y elimina las brechas generacionales necesarias para los procesos de individuación y subjetivación.

En otros casos el traumatismo no elaborado devenido en cripta y fantasma (conceptos desarrollados en el capítulo 7 del presente trabajo) puede dar lugar en los descendientes a una resolución creativa motivada por la angustia que se desprende de la elaboración de la experiencia traumática, sublimación mediante, en elecciones de profesiones como

historiadores, arqueólogos, psicoanalistas, etc (Tisseron, 1997a). Procesos activos de búsqueda de historia.

Al respecto, Gomel (1997) señala: “La carga traumática puede ligarse y decrecer su intensidad a través del paso de las generaciones, o en cambio metamorfosearse en un más allá del displacer: afecciones psicósomáticas, adicciones, accidentofilia” (p. 41).

El estado post-traumático de la persona va a depender entonces de los recursos propios, y se expresará de manera única e individual. Freud (1917/1986) expone que los acontecimientos que rodean al trauma adquieren significado para la persona en el *après-coup*. Esto marca que a la luz de un contexto subjetivo posterior puede encontrarse sentido a lo vivido anteriormente en la resignificación de los eventos.

La representación no se da una vez y queda acabada, sino que sufre transformaciones en el foro interno del sujeto en función de los acontecimientos posteriores de su historia subjetiva. Se da una reactualización de los hechos del pasado en el presente, y una reinscripción interpretativa de su significancia.

4. Importancia de la transmisión en la familia y sus dimensiones

“El funcionamiento psíquico de cada uno (...) está marcado por las huellas de los conflictos comunes y de los accidentes singulares que marcaron la vida de los padres, de los abuelos, de los colaterales y de los amigos” -Tisseron, 1997a, p. 17.

Otra forma de entender los fenómenos entre padres e hijos desde la perspectiva kaesiana puede ser incorporando un concepto clave en su obra que es el *pacto denegativo* o pacto por lo negativo. El mismo refiere a una alianza nunca formulada pero organizadora del vínculo, que sirve de sustento a la relación entre los individuos dado el acuerdo inconsciente en base a la renegación de aquellos aspectos para ellos insostenibles del vínculo. Con respecto a ello, Tapia y Pérez (2011) proponen el ejemplo clínico del hijo que inconscientemente autosabotea sus posibilidades de éxito y felicidad ya que percibe la infelicidad de sus padres, y contrariar las reglas de esa alianza lo posicionaría como traidor.

En relación a lo planteado anteriormente, estos autores proponen la noción de la familia en su doble función *continente* y *elaborativa*. La primera de ellas referiría a la capacidad de la familia de tolerar los contenidos y representaciones propias de cada uno de los miembros que la componen. Mientras tanto, la función elaborativa consiste en transformar los contenidos antes mencionados para adaptarlos e integrarlos a las fantasías y mitos de la familia. Estos objetos que pudieron ser “asimilados” por el grupo familiar serían los que son transmitidos a la generación siguiente de forma *intergeneracional* directamente de padres a hijos.

Por otro lado, los objetos cuya transformación y fijación por parte de la fantasmática familiar no fuera posible, permanecerían a modo de quiste, incorporados e inertes y actuados en base a un pacto denegativo con las generaciones posteriores, influencia de las representaciones de los abuelos en lo *transgeneracional*.

Llegado a este punto parece relevante hacer algunas aclaraciones sobre el mito familiar y sus incidencias en la transmisión entre generaciones. Se entiende por mito familiar a las fantasías inconscientes grupales transgeneracionales que constituyen el mundo simbólico familiar y refieren a una historia real o inventada por el grupo. Tanto su construcción como su mantenimiento toman su fuerza de la participación de todos los integrantes de la familia sin excepción y en cada generación, perpetuando la continuidad de la cultura familiar. Si bien sufren modificaciones con el paso del tiempo mantienen sus premisas básicas casi intactas, incluso si las mismas estuvieran formuladas en forma de secretos familiares (concepto desarrollado en el capítulo 6 del presente trabajo) (Nicoló, 1993).

Se concretizan en un mismo sistema reglas y lugares-funciones que hacen a la representación de las diferencias entre sexos y generaciones.

El mito genera un fuerte zócalo identificador para una familia, es parte de una imagen interna del grupo que todos intentan conservar por lo que hace a la cohesión familiar, y puede ser comprendida sólo a la luz de su función en una comunidad dada. Se ocupa de marcar las prohibiciones y habilitaciones dentro del grupo y los patrones relacionales permitidos y fomentados entre integrantes del mismo. Al permanecer inmutable en sus principios básicos y mantenerse en el tiempo intenta dar una relación de continuidad entre las generaciones que unidas dan lugar a la familia. Se instala el régimen de la repetición de los modelos legitimizados a nivel del grupo familiar que sirven de defensa frente a las ansiedades catastróficas de cambio en momentos de crisis.

De esta manera, el mito familiar brinda a quienes lo comparten una prescripción de cómo la realidad debe ser entendida, prescripción que en casos no patológicos es cuestionada y resignificada por el sujeto como parte de su proceso evolutivo, es decir apropiada por él, lo que le inserta en una pertenencia a un linaje (Nicoló, 1993).

Varios son los autores que tratan la temática de la transmisión en el seno de la familia, principalmente, y siguiendo el mismo recorrido realizado por la teoría freudiana, en el eje de la relación madre-hijo.

Laplanche por su lado propone que la madre, mediante el conjunto de cuidados corporales y el ofrecimiento del pecho, introduce el apuntalamiento de la sexualidad humana en su bebé de manera inconsciente. En particular se refiere al pecho en su doble papel de órgano de nutrición y cargado de investidura sexual (Nusbaum, 2004).

En la teoría de Laplanche, se entiende que el aparato psíquico adulto está más formado que el del niño, lo que lleva a centrar la relación entre ambos en el eje actividad-pasividad, en una comunicación que si bien no es de por sí traumatizante, sirve de vehículo para contenidos desconocidos por el mismo adulto, dado el desarrollo de su psiquismo y su correspondiente clivaje del inconsciente. Es así que bajo el concepto “*seducción originaria*” se postula que el adulto impone al niño significantes verbales, no verbales o conductuales saturados de connotaciones sexuales inconscientes. Dichos significantes pasan a ser *enigmáticos* en la medida en que mantienen su carácter de inconscientes e inaccesibles para la persona que los recibe (Nusbaum, 2004).

El niño no posee el código para descifrar estas significaciones, por lo que se ve obligado a fantasear teorías que resulten coherentes para él, y expliquen la diferencia de los sexos, el nacimiento, la muerte, teorías que dejarán su huella en el deseo de conocimiento (Enriquez, 1996a).

Resultan relevantes otros conceptos planteados por Laplanche: los de *implante* e *intromisión*. El primero refiere a un proceso normal de fijación en la dermis psicofisiológica del sujeto con un inconsciente todavía no diferenciado, de los significantes transmitidos por el adulto. En ello se transmite un necesario componente de pulsión libidinizada que empuja a vivir. Por el contrario, el proceso de intromisión refiere a una variante patológica de lo anterior, donde se expone al sujeto una violenta introducción de elementos no metabolizados o imposibles de metabolizar, que se comportan como parásitos a lo largo del desarrollo (Nicoló, 1993).

Esto aparece en relación a lo entendido por Ferenczi cuando plantea que los adultos imponen por la fuerza sus contenidos inconscientes, su “lenguaje de la pasión” o lenguaje adulto sexualizado a los niños, especialmente aquellos contenidos displacenteros. La “confusión de lenguas” se instaura cuando frente a los atentados psíquicos y/o físicos de los adultos sobre los niños, los últimos se sienten mudos ante la autoridad de los mayores y su personalidad aún débil les impide protestar. Allí se produce un sometimiento del niño frente al adulto y una introyección (mecanismo explicado más adelante) del agresor como forma de poder conservar la relación con el adulto (Del Valle Laguna, 2014).

Dichos planteamientos recuerdan a los orígenes del psicoanálisis en el renunciamiento de Freud a “su neurótica”, en sus correspondencias con Fliess, lo que trae en algunos autores: “...una preocupación subyacente, la de descubrir una eventual regresión del pensamiento analítico” (Branes, 1996, p. 191).

A pesar de ello, pueden encontrarse en estas teorías puntos importantes sobre el lenguaje en la relación adulto-niño, y en que el otro existe dentro de uno desde el origen mismo de la psique, concepto que recuerda la constitución intra-psíquica del Superyó freudiano.

También se ven similitudes con lo traído por Kaës (1996a). Este plantea que el sujeto deviene sujeto hablante y sujeto hablado tanto por efecto de la lengua que lo atraviesa, como a consecuencia del deseo de aquellos que se autoinvisten como portapalabra o representantes del discurso de la prohibición, tomados como referentes de las representaciones del conjunto.

Aulagnier (1977), discípula de Lacan, pone el énfasis en cómo el discurso del otro atraviesa al sujeto desde su nacimiento y desde antes aún: en la catectización del bebé que hace su madre, que carga al niño de su propia libido y ofrece su aparato psíquico a modo de prótesis durante el desarrollo del aparato del infans. Esta madre es *portavoz* del discurso del medio sociocultural en el que tanto ella como el bebé están inmersos, por lo que hace de intermediario entre ambos pre-marcando el lugar que el niño ha de tener. Lugar delimitado no sólo en lo social-cultural, sino también del peculiar recorte hecho por cada familia. Lo que hace es proyectar un discurso, una palabra (presencia hecha de ausencia), una relación en lo simbólico sobre el infans en el momento de su nacimiento.

Asimismo, se conceptualiza como "*sombra hablada*" al discurso preexistente al nacimiento del niño. Discurso desplegado sobre el cuerpo del niño por la madre, que buscará que la sombra o *cuerpo imaginado* que ella misma proyectó coincida con el cuerpo libidinizado de su bebé. Esta sombra hablada está armada con enunciados que transmiten la añoranza materna y dan espacio a una identificación. Dichos enunciados marcan las pautas primarias de lo habilitado y lo prohibido y transmiten por lo tanto la instancia represora de la madre, se empiezan a dar indicios de separación entre aquello que puede desearse abiertamente y aquello que debe quedar restringido.

Se estaría hablando de los anhelos edípicos: lo que se transmite en realidad según Piera Aulagnier, es el deseo de convertirse en padre o madre, es decir un deseo de hijo. Se pasa de un enunciado primario: ser objeto de deseo de su madre a uno secundario: ser alguien que deseará tener un hijo (Nusbaum, 2004).

Al dar cuidados al niño la madre va marcando la impronta de aquellos objetos que el niño debe demandar y cuáles le serán demandados a él, la pauta de un primer vínculo necesario, una "*violencia primaria*" en el sentido en que es la madre quién, por necesidad del niño, impone sus propias significaciones. Es una violencia necesaria y estructurante.

Puede encontrarse una similitud importante en la teoría de Bertin y Aliani (2011), según quienes el cachorro humano adviene sujeto en la cultura por el deseo de un Otro de que viva y se incorpore a la misma, similar a lo que Laplanche planteara como "implante". Hay una investidura libidinal por parte de alguien, que puede no haberlo engendrado biológicamente, que debe reconocer al cachorro humanizable primero como parte de sí mismo, como una extensión de su propio narcisismo. Esto conlleva que lo introduzca en

un juego de reconocimientos mutuos y de herencias que incluyen costumbres, prescripciones, creencias y ceremonias.

Las autoras postulan que cada uno nace a imagen de alguien, pero simultáneamente se es radicalmente distinto, radicalmente otro. Es en un intento de expresar esa *violencia especular* que los personajes del entorno buscan encontrar los parecidos (físicos, psíquicos, emocionales) entre el niño y sus progenitores, que lo ayuden a crear un vínculo de filiación tanto con sus antecesores directos como con la cadena de los antepasados. Esto mismo es analizado por Schützenberger (2008) con respecto a la elección de los nombres de los hijos de Freud en concordancia con personas queridas fallecidas.

Por medio de las formaciones inconscientes de la cadenas generacionales y de los contemporáneos condensadas en el discurso se transmite la función represora, traída en Aulagnier como transmisión de la prohibición y el anhelo edípico (desarrollado anteriormente).

En este sentido se postula el concepto de *contrato narcisista*, mediante el cual se intenta dar cuenta del pacto realizado entre el sujeto y el conjunto social. En el mismo el individuo se compromete a asegurar la continuidad de las generaciones del conjunto, mientras que el grupo le brinda una posición dentro de sí mismo para que el sujeto la ocupe, invistiéndolo narcisísticamente. El contrato asigna a cada sujeto un lugar que le es ofrecido por el grupo y apoyado en su discurso que transmite la cultura del conjunto social, los ideales y los valores, e incluso el mito fundador del grupo. Cada sujeto deberá apropiarse de este discurso y hacerlo suyo por las vías que le sea posible (Aulagnier, 1977).

Kaës (1991b) plantea que el pacto denegativo participa en la regulación de los procesos de memoria y olvido en los vínculos, asentándose en la base del contrato narcisista. Es el creador de los recuerdos encubridores comunes y de los mitos, armados sobre la regla “no recuerdes lo que podría poner en peligro nuestro vínculo, lo que pasó ya pasó”, por lo que se constituyen ambos, pacto denegativo y contrato narcisista, como dos caras del proceso de formación de identidad del sujeto y su relación con los antepasados.

La situación se complejiza cuando el pacto se funda sobre un contrato narcisista con rasgos perversos que favorece los mecanismos de denegación y desmentida. Allí el pacto denegativo funciona a modo de barrera que impide la ligazón del recuerdo y la función estructurante de la memoria, así como los procesos de historización y simbolización dejando agujeros en la memoria y desinvestiduras narcisistas.

Por otro lado para Aulagnier (1977) es la madre quien introduce la función paterna en su hijo, y es el padre desde su propio discurso quien deberá invertir y reforzar esa función.

Función de corte, función tercera o función de introducción del Gran Otro y significativo nombre del padre.

A entender de Nusbaum (2004), Lacan realiza su aporte en relación a la inscripción del sujeto con el Gran Otro a partir de los desarrollos de Levi-Strauss sobre la estructura del parentesco y su importancia en la pre-configuración de espacios simbólicos, que marcan la constitución del sujeto mediante un juego de habilitaciones y prohibiciones. Puede verse la similitud con lo planteado anteriormente en los desarrollos de Aulagnier sobre el espacio predispuesto al que advenir.

Con respecto a Lacan puede pensarse que la transmisión (en los casos no patológicos) se asienta sobre un reconocimiento del otro: se transmite, etimológicamente hablando, de un lugar a otro distinto, de un sujeto a uno diferente. Es este reconocimiento lo que Lacan identifica como finalidad de toda comunicación en sí: la posibilidad de la diferenciación que conlleva el acto de transmitir llama a nuestra identidad propia, a la aceptación del enunciado de un deseo distinto. No hay identidad, no hay Yo sin el reconocimiento en espejo por parte de la mirada del Otro que brinda la alteridad fundante (Nusbaum, 2004).

Esto hace recordar a los desarrollos de Haydée Faimberg (1996a y b) sobre las identificaciones alienantes y los efectos que la falla en el reconocimiento del narcisismo del otro produce en la transmisión entre las generaciones, que desarrollaré más adelante. La ubicación dentro de un linaje particular, a su vez, requiere de un desgarramiento del narcisismo en la aceptación de los ideales compartidos por un grupo, al cual se lo identifica como distinto pero propio.

En relación a los efectos de lo transferido en el seno de la familia, y principalmente a lo transmitido psíquicamente en el vínculo madre-bebé, es importante mencionar los hallazgos de Green (1983) en torno a lo que conceptualiza como el *complejo de la madre muerta*. El mismo no refiere a la muerte real de la madre sino a las configuraciones particulares que toma la imagen mental de la madre formulada en la psique del niño como resultado de una depresión materna grave, cuando no hay un padre capaz de realizar una intervención eficaz (función de *holding*) que ampare la estructura mental de su hijo (Gomel, 1997).

Dadas las características de la depresión en la que está sumergida la madre, fuente de vitalidad para el niño, que en casos normales lo inviste libidinal y narcisísticamente, se convierte en una figura lejana e inanimada, fría, indiferente e incapaz de ejercer los cuidados maternos necesarios. La madre está viva pero psíquicamente muerta a los ojos de su hijo. Se debe realizar un duelo en presencia del objeto. Esto desencadena sentimientos de impotencia, angustia sobre algo faltante pero que nunca se tuvo y una herida fuerte en el narcisismo que se está formando.

Según Harrsch (1988), la transferencia analítica revela una *depresión de transferencia* basada en la repetición de una depresión infantil, que no se manifiesta en el comportamiento exterior al tratamiento. La disminución abrupta del interés de la madre por su hijo (a causa de la pérdida de un ser querido, u otro desencadenante de la depresión) y la tristeza de la misma pasan a ser el centro del conflicto psíquico del paciente. La des-investigación del niño por parte de la madre genera en aquel un trauma narcisista que engloba la pérdida de amor de la madre y la incapacidad de darle sentido a la situación.

A ello el bebé reaccionará desplegando diferentes defensas, incluyendo la des-investigación del objeto materno, dejando una laguna en las relaciones objetales con la madre. Luego se busca una identificación con el Imago de la madre muerta: al ya no poder poseer al objeto, se intenta devenir el objeto mismo, la madre no disponible.

Esta identificación encuentra su impedimento en que la des-investigación anterior del objeto se da de forma tan radical que se produce una represión de la huella mnémica del tacto materno. La pérdida del contacto físico y el desinterés de la madre logran que se borre el objeto por des-investigación, y que la identificación primaria con la madre muerta devenga en identificación negativa, es decir identificación con el agujero dejado por el objeto y no con el objeto mismo. La identificación se da con un vacío no simbolizado, que buscará otros objetos nuevos en el medio externo para poder llenarlo y alucinar la reacción afectiva de la madre muerta, generando disconformidad constante en la comunicación afectiva y la vida profesional (Harrsch, 1988).

Por último, resulta pertinente mencionar los desarrollos de Enriquez (1996a y b), quien centra sus estudios en la influencia del delirio parental en padres psicóticos sobre el psiquismo y en particular sobre el delirio de sus hijos. El padre ofrece al hijo un discurso delirante persecutorio con significantes que resultan confusos e inconexos con la realidad. Así, Raznoszczyk (2011) señala que los hijos de padres psicóticos deben hacer un proceso inverso al decretado por Freud en su cita a Goethe: ellos deben expulsar esa herencia delirante y defenderse de la intromisión desestructurante que el discurso parental les presenta.

5. Algunos aspectos de la transmisión: procesos identificatorios

“...nada puede ser abolido que no aparezca, algunas generaciones después como enigma, como impensado, es decir, incluso como signo de lo que no pudo ser transmitido en el orden simbólico.”
- R. Kaës, 1996b, p. 61

Freud, al inaugurar la llamada “segunda tópica”, instaura un eje central en el concepto de **identificación**, principalmente a partir de *Duelo y Melancolía* (1917/1986). Se realiza un desplazamiento del foco desde las relaciones intra-psíquicas o de transmisión de

elementos desde el inconsciente al pre-consciente y de este a la conciencia, a un enfoque con marcada preponderancia de los demás sujetos en los fenómenos inter e intra psíquicos (Kaës, 1996b).

El desarrollo de esta perspectiva de los fenómenos identificatorios se continúa en sus posteriores escritos, principalmente en *El Yo y el Ello* (1923/1986). En éste Freud afirma que es mediante las identificaciones primarias que el Yo constituye su base, así como el Superyo o heredero del Edipo toma parte de su fortaleza en la matriz identificatoria que el individuo genera en pos de su propio crecimiento psíquico. Cabe resaltar entonces la importancia de lo intersubjetivo, es decir del contacto con *el otro* que la teoría freudiana marca como preciso para dicho crecimiento.

Para entender la implicancia de las identificaciones a nivel de los fenómenos llamados de transmisión psíquica, resulta interesante tomar la definición dada por Laplanche y Pontalis: “Proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma total o parcialmente.” (Laplanche y Pontalis, 1996, p. 184). Es así que Kaës (1996b) llamará a la identificación la vía regia de entrada a la transmisión generacional, carácter que Gomel en 1997 dará por su parte al discurso familiar.

También en relación a su teoría sobre la transmisión transgeneracional Haydée Faimberg (1996a y b) brinda gran importancia al concepto de las identificaciones. La autora explora en la clínica la existencia de síntomas en pacientes que no aciertan explicación clara en la historia de vida de los mismos, pero que sí la encuentran en la historia de sus antepasados. Habla de identificaciones “mudas y no audibles” que se manifiestan en la transferencia y que pueden interpretarse sólo a la luz de una historia “secreta” del paciente.

Se desarrolla entonces el concepto de **telescopaje de las generaciones** como un proceso a raíz del cual el individuo presenta síntomas denunciadores de un suceso ocurrido en una generación anterior, suceso asociado a una historia que produce dolor psíquico o vergüenza revelar. El síntoma aparece por una razón: refiere a lo que la familia logró hacer para disminuir la angustia, constituyendo una solución de compromiso en términos de negociación con los recursos disponibles en ese momento.

Para entender cómo llega la autora al concepto del telescopaje es importante tener en cuenta algunas precisiones. Según la teoría de las pulsiones en etapas tempranas del desarrollo del narcisismo se realiza una separación entre aquellos aspectos del mundo externo e interno que producen placer pulsional, de aquellos que producen displacer. Es entonces que a nivel de la autorepresentación se va formando una idea primaria del Yo en

relación a los objetos placenteros, y se rechaza a los displacenteros que constituyen un conjunto de no-yo.

Faimberg (1996a y b) contempla que la resolución de la conflictiva edípica se realiza siempre en una vertiente narcisista, la cual cuando tramitada con padres muy narcisistas desemboca en un juego de identificaciones particulares de los padres con su hijo. Mediante las mismas los padres introducen en el psiquismo del hijo significados que les son propios y toman como suyos algunos del hijo que les son placenteros. A entender de la autora el sistema de identificaciones cruzadas entre padres e hijos lleva que los padres hagan una *apropiación* de los aspectos placenteros del niño para sí mismos y depositen en él mediante una *intrusión narcisista* los displacenteros y que odian de sí, es decir los no-yo. El niño quedaría atrapado entonces entre una *identidad negativa* formada por los objetos no-yo proyectados de los padres y una *identidad positiva* apropiada por sus progenitores.

Este proceso deja al hijo sin espacio discursivo para su propio deseo, por lo cual se produce una **identificación alienante** con la figura interiorizada de dichos padres, los *padres internos*. Se entiende alienante porque es “solidaria con una historia que pertenece en parte a otro” (Faimberg, 1996b, p. 131 nota al pie), no supone en ninguno de los participantes el reconocimiento de la alteridad del niño, que a su vez se identifica con una organización extraña que pertenece a los aspectos que otro rechaza de su propia historia personal. Hay un otro extraño que lo habita y posee.

La identificación de este tipo puede observarse en la transferencia clínica conformando el *telescopaje de las generaciones* o condensación de tres generaciones, donde la historia de los conflictos no elaborados de los padres queda “encajada” en la historia vital del niño (Segoviano, 2008). El trabajo del telescopaje o encaje fusiona a varias generaciones en una *indiscriminación paralizante* que refuerza la alienación y es contraria a los procesos de subjetivación del individuo que no puede plantearse un “tiempo generacional”.

Gomel (1997) señala que los pasajes al acto y las producciones alucinatorias o claramente delirantes suelen surgir cuando alguien en la familia se ve comedido a ocupar un nuevo lugar en la cadena genealógica: el nacimiento de un hijo, un matrimonio, la muerte de un progenitor revelan la vulnerabilidad en la cadena y la permutación hasta entonces perpetuada de los lugares. Esto vendría de la mano de un nuevo lugar que obliga a la persona a moverse de aquél al que su identificación alienante le permite auto-investir.

A entender de Faimberg (1996b), las asociaciones del paciente con historias que remiten a otra generación llevan a delinear en la transferencia las identificaciones alienantes en juego, que hasta entonces estaban mudas.

Según la autora la transmisión en si se daría no sólo en lo dicho, sino también en lo no dicho o silenciado por los personajes familiares pertinentes. Podemos entender entonces que las lagunas creadas en lo enunciado son también fuente de transmisión, que configuran verdaderas zonas de silencio en el discurso familiar. Así, el silencio en el discurso de los padres es llenado por la fantasía de los hijos.

En relación a esto, puede darse en algunos casos una fractura de los procesos de simbolización, es decir que la comunicación se encuentra disociada entre los canales que la componen no habiendo congruencia entre la palabra y el gesto o entre la actitud y el afecto que se le pone. Estas incongruencias entre los registros comunicacionales producen en el niño receptor del mensaje “contradictorio” grandes imposibilidades de comprensión y errores de interpretación, que afectan sus propias posibilidades de entender y comunicar.

Dicho trastorno en la comunicación normal es enunciada por el llamado grupo de Palo Alto (mencionado en Schützenberger, 2008) como *doble nexo*, mecanismo por el cual se afirman dos cosas distintas por diferentes canales comunicacionales (por ejemplo el verbal y el corporal) por lo que estos mensajes pueden excluirse o bloquearse. En el caso de que el mensaje sea una orden, habrá que desobedecerla para obedecerla. Se postula también que hay una prohibición implícita en las reglas de la familia de hablar sobre la contradicción de los mensajes, por lo que el niño no puede salir de la situación confusa.

Según algunos autores como Abraham y Torok (2005), Tisserón (1997a) y Nachin (1997), se transmite un símbolo psíquico fragmentado, es decir que los aspectos representativos (imágenes, huellas perceptivas), afectivos, motores (conductas inmotivadas, rituales) y verbales (apoyándose en asociaciones fonéticas) del símbolo presentan fallas en su producción, y son transmitidos sólo algunos de ellos, lo hacen de forma incongruente, o hasta son desmentidos por las otras modalidades de simbolización. Entonces el evento secreto es a la vez ocultado y exhibido. Debido a las discordancias entre los mensajes el niño crea objetos psíquicos parcialmente simbolizados (simbolizados en una modalidad y no en las otras), produciendo un clivaje de su propio psiquismo.

Dicha teorización se apartaría de la planteada anteriormente en relación a la transmisión *en negativo*. Esta última defendida principalmente por Kaës refiere a la transmisión de un “negativo” (a modo de metáfora tomada de la fotografía) porque lo que se traspasa sería lo inverso a la representación realizada en un caso no patológico. La visión de Tisserón al respecto difiere en que asegura que existe una transmisión del “positivo” de la representación, con la diferencia de que esa influencia se ejerce solo parcialmente (símbolo fragmentado, estallado), pudiendo lograr una simbolización parcial debido a la incongruencia de las partes del símbolo antes mencionadas.

6. Secreto familiar y silencio

“El trabajo complejo de la memoria es el de desocultar aquello borrado o reprimido. Es también el de reprimir y de mantener en el olvido y el silencio lo que no ha podido ser tolerado. Es también el de resignificar a partir del presente poniendo en perspectiva el pasado.”

-Kaës, 1991b, p. 152

Resulta importante señalar una distinción en cuanto a la conceptualización utilizada en este trabajo sobre *el secreto*.

El secreto es algo oculto, desconocido para las personas que no lo comparten o no son incluidas en él. Es una organización de un no-dicho, que por el carácter de complicidad, alianza, y de mantención mediante pactos denegativos adquiere gran importancia en los vínculos intra-familiares. En la literatura investigada se encuentran dos tipos de secretos, que se pasan a describir.

En las familias existen “secretos positivos”, que disponen la distinción funcional entre los individuos y mantienen firmes las necesarias distancias entre las generaciones (Greco, 2007). Basta simplemente contemplar los trabajos de Aulagnier (1977) sobre la intimidad, la lucha por la autonomía e individuación del Yo respecto al Otro, la conquista de mantener pensamientos secretos. Lo íntimo constituye un dique necesario para el establecimiento del Yo, quien exige y practica su bien ganado derecho al secreto. Nivel de pensamiento que abre la paradoja cuando se incluye la regla fundamental del psicoanálisis: al sujeto que busca recuperar su autonomía se le exige que diga todo lo que se le ocurra, que no deje nada en “secreto” (Duek, Califano, Becker y Waisbrot 1989).

Cuando en este trabajo se habla de “secreto”, se refiere al mismo en su vertiente patológica: aquellos secretos que no ayudan al sostén de la identidad, sino más bien lo afectan generando un impedimento. Este secreto irrumpe en las cadenas asociativas familiares, constituye un objeto-fetiché de la vida familiar que se transmite entre las generaciones, secuestra aspectos o partes de la vida familiar y renueva a su vez el funcionamiento del ocultar (Nicoló, 1993).

Por otro lado, el *secreto familiar* serían aquellos datos históricos parcialmente conocidos por los miembros de la familia pero que en conjunto son callados. Aparecen acuerdos implícitos y hasta inconscientes sobre la evitación del tema que rodea al secreto, sirviéndose principalmente del mecanismo de desmentida asentada en pactos vinculares en la forma “lo sé, pero aún así...”. No se trata entonces de un silenciamiento únicamente, sino de una falta de simbolización a nivel de la representación palabra en la fantasmática de la familia toda (Rojas, 2000).

Los hechos significativos para la historia de la familia que son rodeados por el silencio perpetuado por los familiares (y sobre todo por los padres) dejan lagunas o zonas oscuras

en la representación del mito familiar que recibe el niño. Este último se ve inexorablemente obligado a dar rienda a su imaginación y llenar esos agujeros negros con las más extrañas fantasías (y en algunos casos, hasta delirantes como desarrolla Enriquez, 1996b), sobre las que construirá su identidad y su pertenencia al grupo.

El silencio familiar se constituye como salvaguarda de lo indigerible o no procesable psíquicamente, condición necesaria para poder continuar con la vida. Como señala Gomel (1997): “El mundo será adecuadamente metabolizado por la incipiente actividad mental del hijo tan solo si el discurso familiar ha podido asignar sentidos investidos a lo transmitido” (p.30).

Podría decirse que lo patógeno sería no el secreto en sí, sino los mecanismos que se emplean en la mantención a toda costa del mismo. Aquí en vez de reflejar una verdad histórica constituyente del mito familiar se la silencia, anulando la capacidad historizante del sujeto, inhibiendo su pulsión de investigación y manteniendo el pasado siempre presente en un eterno retorno de lo no elaborado. Retorno que según Freud en *Lo Ominoso* (1919/1986) será siniestro.

7. Clínica de la cripta y el fantasma

“El Yo es quien tiene la función de guardián del cementerio.”

-Abraham y Torok (2005, p. 254)

De la revisión bibliográfica se desprende que resulta imperativo dar cuenta de los avances en el área alcanzados por Abraham y Torok (2005). Esto se debe a que dichos autores estudiaron que aquellas situaciones o eventos que no pudieran ser completamente elaborados e incorporados a través de la **introyección** (fantaseados, hechos propios, simbolizados, relacionado a la elaboración del evento en la teoría freudiana) desembocan en gran sufrimiento psíquico y se constituyen como trauma. A esta teoría se la ha llamado frecuentemente “del fantasma”, “de la cripta” o de las “lagunas de introyección.”

Los autores parten del estudio de pacientes que se expresan a veces “como ventrílocuos”: realizan acciones a las que luego no encuentran explicación y sobre las cuales las personas más allegadas a ellos mencionan que “parecía otra persona”. Similar a lo detectado en la clínica por Faimberg años después y mencionado anteriormente.

En su desarrollo Abraham y Torok (2005) proponen como opuesto del mecanismo de introyección al de **inclusión**. Aquello *incluido* en el psiquismo no ha sido elaborado y se inserta a modo de “quiste” en el Yo mediante una *represión conservadora* que actúa de una vez y para siempre, a diferencia de la represión clásica que presenta un carácter dinámico y de conflicto constante. Hay algo en la represión conservadora que mantiene

“intacto” al contenido-secreto reprimido a la espera de ser retomado en un futuro, sin solución momentánea.

La inclusión conformaría un ensayo de *renegación radical del duelo* donde se simula no haber perdido nada gracias a la conservación del objeto en el foro interno. Dada la forma de incorporación, se niega a su vez la transformación del sujeto que se da al interiorizar un objeto perdido en el trabajo normal de duelo.

La capacidad de desarrollar una enfermedad depresiva frente a eventos traumáticos sería para algunos autores (Nicoló, 1993) un intento de dar una solución al pánico, angustia y confusión que traen aparejados. Lo incluido, por el contrario, constituiría el fracaso del individuo en asimilar a su psiquismo estas experiencias de fuerte carga emocional. Cuando el Yo no puede tolerar una resolución depresiva a la situación, la generación siguiente se verá arrastrada a defenderse frente a una depresión a la que no se puede relacionar.

Es así que aquello incluido se instaura en un nuevo nivel tópico o configuración de espacio psíquico dentro del Yo denominado *cripta*, inaccesible al resto del psiquismo. La cripta sería un ajuste psicológico frente al efecto de parálisis que generaría el duelo devenido en trauma (Faúndez, 2010). Espacio intra-psíquico de características particulares que almacena los contenidos traumáticos y oculta a la conciencia toda producción de significado respecto a la experiencia que pasa a ser secreta.

Usualmente los eventos que desencadenan tales fenómenos de inclusión traumática y su consiguiente transmisión a las generaciones posteriores incluyen experiencias puntuales sentidas como vergüenzas familiares y duelos no elaborados. Se incluyen en ellas las enfermedades graves, los crímenes, las internaciones psiquiátricas, los eventos “mal vistos” para la mentalidad de la época, incestos, adulterios, abusos sexuales, la caída en desgracia de un personaje o de la familia entera entre otros. Se moldea en la forma de un *secreto inconfesable* frecuentemente constituido por una pérdida de objeto de la cual se tiene la impresión de que no puede ser declarada para no afrontar la herida narcisista que conlleva la elaboración de la misma.

La maniobra de *incorporación o inclusión*, como opuesta a la introyección ocurrida en los duelos normales, propone una negación radical del duelo ya que se conserva al objeto sin transformación en el mundo fantasmático inconsciente, escindido del resto del Yo y resguardado en una tópica realitaria que mantiene el objeto como un muerto-vivo dentro de la cripta. En la incorporación el sujeto incluye al objeto dentro suyo, lo destruye y asume sus cualidades de forma canibalística (Schützenberger, 2008).

Dicho evento vivido como traumático se constituye como un *indecible*, luego de la represión conservadora, ya que su recuerdo y más aún su puesta en palabras traen

aparejados un dolor psíquico percibido como insostenible para la persona. Según Tapia y Pérez (2011) existe inconscientemente en el portador del indecible la esperanza de que la experiencia pueda ser rejuzgada en un futuro por los descendientes y el deseo sea liberado. El duelo por el objeto perdido se constituye como “intramitable” para el Yo incapaz de entrar en contacto con los eventos traumáticos. Dicho duelo no elaborado puede mantenerse durante toda la vida (Madariaga, 2003).

Esta cripta generará, en un padre o madre portador de la misma, que se transmitan significantes truncos y el recuerdo no simbolizado del evento (o más bien sus restos representacionales) a su hijo. El niño desarrolla un *fantasma* en su inconsciente, que lo lleva a simbolizar este saber no sabido de eventos pertenecientes al otro paterno, a expensas de su propia vida pulsional (Nusbaum, 2004). El fantasma será un *innombrable* al cual las representaciones verbales escapan. El sujeto es habitado por un secreto del cual no posee las claves para descifrar. Son contenidos ignorados pero cuya presencia es intuitiva, que acarrearán en los hijos de padres portadores de criptas dificultades en el pensamiento, problemas de aprendizaje o fobias a merced de la energía psíquica dispuesta a mantener oculto el contenido cedido a ellos por sus padres en honor de “compartir la carga” inconscientemente.

El fantasma sería un intento del inconsciente del sujeto de dar sentido a una laguna yoica adquirida en espejo de aquella que existe en la psique de su ancestro, que a su vez desemboca en una laguna a nivel super-yoico.

Justamente el esfuerzo contrario al descifrado del secreto y a la puesta en palabras del fantasma inconsciente, toma su energía de que revelar el evento vergonzoso o penoso ocasionaría dolor al padre o ancestro que tiene valor del ideal del yo para el sujeto. La necesidad de mantener el secreto no proviene de la vergüenza propia sino de la vergüenza que provocaría su revelación a la Imago interiorizada de los padres o abuelos.

Para la generación siguiente: los nietos de aquellos criptóforos o portadores de cripta, hijos de portadores de fantasmas activos, el secreto tomará la forma de *impensables* frente a los cuales el paciente siente extrañeza pudiendo generar sensaciones o imágenes bizarras sin correlato con la vida psíquica propia, adicciones, trastornos psicósomáticos o angustias a las que no se les encuentra motivo. Es un impensable ya que es algo inaccesible mentalmente, nadie puede imaginarlo (Faúndez, 2010). Toma la forma de lo extraño que retorna sin haber pasado nunca por la experiencia de la represión, es decir lo *ominoso* en Freud (1919/1986).

En esta tercera generación (con respecto a la cripta) se ven efectos del fantasma transmitido a nivel de la estructuración de la personalidad. La alienación de su propia vida pulsional por parte del esfuerzo inconsciente de las dos generaciones anteriores establece

fuertes obstáculos a la hora de identificar su deseo propio, y así de construir la demanda en un proceso analítico.

Al mismo tiempo, es por la distancia establecida temporal y afectivamente o por la diferencia de implicación con el evento originario de la represión conservadora en los abuelos, que lo transmitido se encuentra ya desprovisto de sentido y aparece la sensación de extrañeza que despierta el hacer conscientes los síntomas, fobias o demás efectos que denuncian la transmisión transgeneracional.

Gracias a ello esta generación (la tercera) se encuentra en mejores condiciones de cortar con la cadena de repeticiones y hacer lugar a nuevas significaciones del evento traumático posibilitando su elaboración. Se encuentran en una posición de distancia apta para interrogar sobre el pasado y romper con el círculo de silencio familiar perpetuado.

Es importante repetir que en todos los casos mencionados la permanencia de los contenidos encriptados requiere de un constante trabajo psíquico para mantenerlos de esa manera. Dicho esfuerzo quita energías al portador del secreto (propio o transmitido) que puede verse “desvitalizado”, o presentar las ya antes mencionadas fobias, obsesiones, síntomas psicósomáticos o, en casos en que la cripta se apodere de gran parte del Yo, delirios.

La cripta en la teoría de Abraham y Torok (2005) mantendría al objeto duelado en un estado de animación suspendida, realizando una desmentida de la muerte. Es un muerto-vivo que paraliza la vida psíquica del sujeto y pone trabas a sus posibilidades de madurez psicológica plenas. Estos efectos de contenidos indigestos en las generaciones anteriores pueden verse en los aspectos contratransferenciales del análisis (Faimberg, 1996a) o en las actuaciones de los miembros de la familia (Nicoló, 1993). También pueden tomar la forma de historias familiares o eventos e imágenes idealizadas asociadas a aspectos identificatorios fuertes, o comunicaciones de modalidades relacionales que se aprenden. La presencia de no-dichos y secretos familiares suele ser constante y empobrece los aspectos de la vida emocional de la familia y sus integrantes (Nicoló, 1993).

Podría decirse que los elementos fantasmáticos o, más concretamente, la insistencia de los mismos en la forma de síntomas y fobias entre otras manifestaciones, tienen como finalidad una repetición que busca la elaboración que aún no han conseguido, pero como efecto consiguen impedir el recuerdo asimilable del evento, conformando una modalidad de anti-memoria.

A diferencia de este concepto de fantasma, cabe subrayar el desarrollo de Mijolla (mencionado en Raznoszczyk, 2011) sobre el fantasma de identificación, el cual apunta a las escenificaciones por parte del paciente de personajes de la historia del sujeto a los cuales se llama *visitantes del yo*. Serían los objetos de duelos no elaborados o los “no

muertos” en la fantasmática familiar. Son constituidos por fragmentos de lo percibido en las historias familiares de eventos anteriores al sujeto, pueden detectarse a nivel de la contra-transferencia y por lo tanto ser abordados en el proceso de la cura analítica.

Resulta interesante también traer el trabajo de Werba (2002) que retoma la teoría de la cripta dándole más relevancia al concepto de duelo. La autora define a los **duelos ancestrales** como duelos no elaborados por ancestros idealizados e investidos de una fuerte carga libidinal y/o hostil, que siguen mantenidos a modo de “muertos-vivos” en el psiquismo de sus descendientes. Esto vendría en relación a un proceso inconsciente mediante el cual uno o varios miembros de la familia son identificados con el ancestro y se les deposita la carga libidinal destinada al mismo. Así, al asumir el papel asignado por la familia, el sujeto queda atrapado en una identificación alienante (concepto desarrollado en el capítulo 5 de este trabajo) que lo aleja del desarrollo pleno de su personalidad.

La autora afirma que los duelos ancestrales se diferencian de los duelos patológicos convencionales en que los últimos refieren a un duelo no elaborado por la propia persona, mientras que los primeros representan las consecuencias que una pérdida no tramitada en un ascendente tiene en las generaciones posteriores. Hacen referencia a la realización de un “prohibido” en la historia familiar (infidelidades, asesinatos, abusos, etc) que fue por su carga culpógena herméticamente guardado en un clivaje del Yo.

Esto resulta similar a lo desarrollado por Abraham y Torok (2005) anteriormente, que por otro lado parecerían centrar sus estudios justamente en el clivaje yóico y la incapacidad de simbolización que lo constituye. Mientras tanto se entiende que Werba (2002) se centra en el aspecto o familiar duelado, Tisserón (1997b) en las formas de transmisión fallida del símbolo fragmentado y la discrepancia entre sus registros (representacional, verbal, motor y afectivo). Faimberg (1996a y 1996b) por su parte plantea su teoría desde el punto de vista de las consecuencias en el hijo de la resolución narcisista del Edipo con padres narcisistas, y la identificación alienante que pone en desventaja al psiquismo del niño.

De igual manera, puede señalarse que Nachin (1997) centra sus estudios en las aplicaciones clínicas de las teorías antes mencionadas (principalmente los avances sobre cripta y fantasma), y las vías en que la práctica nos muestra las particularidades en el modo de hablar del criptóforo o del portador de fantasma.

8. Observaciones para la clínica

“(el analista) Aceptará escuchar que la memoria de lo que no ocurrió al sujeto mismo o lo que no ha dejado rastros en su memoria es para él el memorial de lo impensable.”

-Kaës, 1991b, p. 141

En los objetivos de este trabajo figura el interés en indagar las características que presentan las patologías de la transmisión generacional a nivel de la clínica. A continuación se desarrollan algunas de ellas.

Varios autores como Abraham y Torok (2005) plantearon que el clivaje psíquico en forma de cripta permanecería clínicamente silencioso, a excepción de la transferencia.

Por otro lado, y a esta postura se adhiere este trabajo, distintos autores como Nachin (1997), Tisserón (1997b) entre otros hacen hincapié en que palabras en el lenguaje del criptóforo o del portador de fantasma remiten al contenido encriptado, así como algunos sueños. Sobre esto último Faimberg (2008) plantea un ejemplo de un paciente que por sus asociaciones expone sentirse formado por partes compuestas de tiempos y espacios diferentes, lo que da la pauta de la manera en que su psiquismo se siente comprometido a la historia de sus padres.

Los pensamientos, sentimientos y conductas de la persona quedan organizados en torno a la cripta, y en el discurso aparecen signos cuya expresión se basa en el ocultamiento. A decir de Rojas (2000): “para aquellos a quienes inunda el trauma sin enunciados, toda otra temática suele ser indiferente o resultar vaciada de afectos y sentido” (p. 263). Así, el secreto recubierto de libido puede hallar su forma de sublimación en la elección de pasatiempos, actividades lúdicas o hasta profesiones.

Kaës (1996a) destaca, sobre la llamada *transferencia negativa* o aparición de contenidos heredados en negativo en la transferencia con el terapeuta, que la misma no siempre es reconocible en sí, sino que aparece como ausencia de transferencia o de ataques contra la ligazón.

El objetivo del análisis recaería en “devolver” al sujeto aquello que ha sido encriptado, como también aliviar y acompañar las consecuencias del develamiento. La aplicación de la clínica del fantasma en los procesos psicoterapéuticos apunta al llenado de las lagunas yoicas, a reestablecer el nivel simbólico de los eventos traumáticos, es decir a la historización de los mismos y a la creación de nuevos mecanismos de asimilación de la experiencia (Madriaga, 2003). Esto conlleva que se torne a veces necesario el trabajo de des-identificación con algunos objetos o significantes dañinos de la historia o del mito familiar.

Por ello, el analista debe posicionarse como un adulto capaz de mantener las paradojas y realizar una traducción-inscripción de lo indecible o impensable en una asociación no bizarra. (Raznoszczyk, 2011) Se interviene con el fin de tender puentes de ligazón que vayan habilitando el acercamiento a lo que se mantuvo fuera de la cadena significativa. El clínico se ofrece a sí mismo como auxiliar en la ampliación de la función de

representación necesaria, que oficia de barrera contra el *acting out*, siendo la vía motora del acto la privilegiada para notar la presencia de una falla de simbolización.

Cabe resaltar que, como en toda situación analítica, la tolerancia por parte del paciente del trabajo con lo silenciado requiere el despliegue de una transferencia desde un lugar de sostén y confiabilidad, en un marco que brinde contención.

El relato de los eventos vividos en un contexto de transferencia permite la inscripción de enunciados capaces de separar el psiquismo propio del ajeno, rompiendo las barreras de la identificación alienante y distanciando el mundo infantil del mundo adulto. Narrar una historia requiere un esfuerzo de organización de la experiencia en el consciente, a modo de poder comunicarse coherentemente. No se trata de un decir catártico y compulsivo sino de que la interdicción de la palabra facilite la inscripción de los hechos traumáticos y la ausencia de significados (Rojas, 2000).

Es importante destacar que lo significativo para el *proceso de desencriptado* no es la revelación por parte de una generación a las siguientes de los hechos ocurridos, sino que al circular estos eventos de forma simbolizada en el entramado transferencial sean progresivamente incorporados en el discurso y la fantasmática familiar. Cuando los hijos y nietos se ponen en contacto con aspectos más realistas del familiar fallecido antes muy idealizado, se notan capacitados para renovar la cadena generacional y poder dar entrada a nuevos procesos discursivos.

El terapeuta ayuda, desde un nivel de “memoria auxiliar”, a construir un relato, una historia-ficción o versión posible del pasado que ayude a dar sentido a los restos no significados de lo que realmente sucedió. Como plantea Gomel (1997): “La historia de una familia se construye en su transmisión: transmitir un pasado es, en verdad, construirlo (...) solamente advenido en hecho histórico podrá lograr algún tipo de encadenamiento” (p. 19). La historicidad demanda que la actividad mnémica pueda desarrollarse correctamente, que puedan recordarse y comunicarse los recuerdos.

Hay que entender que el proceso de reapropiación de los contenidos escindidos por la cripta y el fantasma requiere del paciente un trabajo intenso y difícil, ya que se intenta reintegrar un aspecto que lo aliena y mantiene secuestrado, pero que no pertenece a su historia y que probablemente no conozca. A diferencia de los contenidos reprimidos que al hacerse conscientes se aclaran, los conflictos transgeneracionales cuando llevados a la conciencia se identifican como ajenos por el individuo que los porta. Se produce perplejidad por la ruptura del clivaje de algo rechazado nunca reprimido que pasa a la conciencia.

Del mismo modo, si bien dichos contenidos transmitidos transgeneracionalmente parasitan al sujeto y alienan su vida psíquica, también son elementos constitutivos de su

identidad personal y familiar. La elaboración indiscriminada de tales aspectos en el proceso de psicoterapia puede dejar en falso componentes principales de la personalidad y someterle a un doble duelo: por las partes del sí mismo, su identidad, y por las partes del antepasado desde el cual se trasmite la problemática (Nicoló, 1993).

Al respecto, Delucca y Petriz (2004) postulan que tanto las nuevas generaciones como los nuevos vínculos significativos pueden ayudar a dar rienda a procesos de historización que rompan con la circularidad de la repetición y que el trauma pierda su valor patológico.

También la utilización de instrumentos no verbales puede facilitar el surgimiento de los elementos pre-concientes que den salida al estancamiento de la terapia debido a defensas muy rígidas, estructuradas tras muchos años de trabajo del fantasma.

A través de la elaboración del **genograma** o mapa-árbol genealógico construido en sesión, donde se escriben los datos conocidos de los familiares, algunos terapeutas como Greco (2007), Schützenberger (2008) o Meschiany (2008) entre otros, han logrado de forma progresiva introducir la idea de que ciertas conductas, elementos o historias repetidas en la familia no se tratan de un destino inexorable. Se construye la idea de que corresponden a un padecer particular que ha buscado su forma de expresión a lo largo de varias generaciones.

Esta técnica proyectiva y gráfica favorece el proceso de historización y de puesta en perspectiva de la experiencia propia, logrando dar con un “tiempo de las generaciones” propio de esa familia, separando la fusión generacional ocasionada en el telescopaje y marcando el hito de la cadena de antepasados en la que se está inserto.

Otros autores como Rojas (2000) o Losso y Packciarz (2007) plantean también que el trabajo en dispositivo familiar promueve la significación de los eventos traumáticos y la reestructuración de los enlaces intersubjetivos lesionados a raíz de la transmisión del duelo congelado. La historización y resignificación de los eventos vividos o transmitidos encuentra su inicio en el desmontaje de los mecanismos de desmentida que mantienen activo el sistema de secretos y silencios intrafamiliares así como la repetición de modelos vinculares desfavorables.

Debe pensarse también que el trabajo a nivel de la familia puede propiciar el clima de contención necesario para sostener la reactivación de las identificaciones alienantes y la elaboración de sus aspectos nocivos.

En esta línea Kaës (1997) señala que existen en la familia ligazones internas que pujan por abolir la separación de la psique familiar de cada sujeto en la diferencia de los sexos y las generaciones, impidiendo el proceso de subjetivación individual en base al reconocimiento de las diferencias. El trabajo con el dispositivo familiar puede ayudar a

superar las angustias de separación o vivencias de abandono de la familia que al poner en juego de presencia a los fantasmas heredados del núcleo familiar pueden desatarse.

9. Viñeta clínica.

“¿Cómo puede concernirle a un paciente una historia que pertenece a otro?”

- H. Faimberg, 1996a, p.78

A continuación se traerá un caso tomado de la clínica por Krecl y Martínez (1998) que se presenta como un claro ejemplo de los efectos que la transmisión transgeneracional ejerce. Para ello, se relatarán a grandes rasgos algunas particularidades del caso para ser desarrolladas a la vista de las teorías antes expuestas.

La consulta es realizada por Patricio, púber de 12 años, en relación a dificultades de aprendizaje de tipo global habiendo repetido años, presenta conductas agresivas, risas inmotivadas, labilidad emocional con tendencia al llanto y dificultades para hacer amigos. Su maestra lo describe como un niño sin vida, lo que se corresponde con su presentación pálida, desgastada y retraída en la consulta. Esto se contrasta con los contenidos violentos que verbaliza, donde muestra alteraciones sintácticas y omisión del sujeto gramatical en las frases.

El dispositivo llevado a cabo es el de psicoterapia familiar. A la consulta concurren: Patricio junto con su padre y madre, y sus hermanos: Álvaro (16 años), Luis (11 años) y Ricardo (5 años). Todos ellos viven en una pequeña vivienda monoambiente en el terreno junto a la casa de los abuelos de origen materno. Es importante señalar que previo al nacimiento de Patricio (y posterior al de su hermano Álvaro) nace una hija con Síndrome de Down y con complicaciones cardíacas, falleciendo a los tres años de edad.

El padre de Patricio presenta buen nivel intelectual, actitud depresiva y grandes montos de ansiedad además de varias enfermedades de origen psicosomático cuyos estudios se niega a realizarse. Manifiesta: “Me siento solo desde que tenía once años.” (Krecl y Martínez, 1998, p.306), edad que tenía cuando la muerte de su padre en un accidente de tránsito, del cual es informado por una tía tres días después del suceso. En otra entrevista posterior declara: “Lo que pasó con mi padre, primero no me explicaron nada, después de dos días me dijeron que me habían engañado...” (Krecl y Martínez, 1998, p.307)

Años más tarde fallece su hermano y más adelante un amigo suyo. La muerte parece arraigada en su psiquismo como una presencia constante a la que se teme, y con cierta carga de culpa adjudicada como propia.

En cuanto a la madre de Patricio

...al principio impresiona algo distante, llegando a verbalizar “Yo me siento sola también, yo también he sufrido la pérdida de la nena...” aludiendo con esto al duelo que cursaba al nacer Patricio, y que aún ahora no habría sido elaborado. No deseaba un varón, teniendo dificultades notorias en el vínculo temprano con Patricio. Es así que refiere “Lo obligaba apretándole la nariz para que pudiera tragar... tiraba la cabeza para atrás...hasta los catorce meses en que le di una palmada porque ya no aguantaba más... Pienso que nació deprimido, de nacimiento ya era... Lloraba y yo no sabía ni por qué...” (Krecl y Martínez, 1998, p. 306)

Álvaro (hermano mayor de Patricio) presenta crisis epilépticas al llegar a la pubertad, abandona los estudios y parece tener ausencia de intereses, mientras que Luis presenta enuresis. Ricardo parecería no tener síntomas a señalar.

A raíz de la muerte de Airton Sena (piloto automovilístico, célebre en el medio local) Patricio empieza a hacer preguntas dentro su propia familia sobre su hermana fallecida. El padre refiere:

Me preguntaba si yo sufrí mucho...Dije que ella tenía un problema, que no la pudieron curar...que él no era nacido. Preguntó si Álvaro, su hermano mayor, se acordaba de ella. (...) Yo creo que él no se explica la muerte, por qué se muere la gente, yo ya le he explicado que todo lo que está vivo se muere...en todas las cosas. (...) Yo quiero que entienda la muerte, no como la entendí yo que no sea una sorpresa, o por decreto, que no le pase a él como me pasó a mí con mi padre, que entienda que yo me voy a morir... (Krecl y Martínez, 1998, pp. 306-307)

En una postura radicalmente distinta, la madre declara “Yo crecí sin saber que era la muerte.” (Krecl y Martínez, 1998, p.307).

Luego de algunos comentarios sobre el material las autoras agregan que agresividad, abulia, depresión y alcoholismo están presentes en distintos miembros de la familia.

A modo de inicio del análisis llama la atención la poca diferencia entre las edades de Patricio (12) y Ricardo (11). Podría postularse como hipótesis si los nacimientos tan seguidos no corresponderán a un intento de la pareja parental de evadir la elaboración por el duelo, en ese momento muy reciente, de la hija fallecida. De comprobarse dicha hipótesis el lugar que esta familia adjudica a sus hijos al venir al mundo sería el de rehuir la angustia por el duelo suspendido, y de mantenerlo de esa manera.

Por otro lado, las dificultades de aprendizaje que presenta Patricio pueden entenderse en relación al no-saber de un pasado familiar, al simbolismo que el discurso familiar adjudica a la díada “saber-entender”. Esto corresponde a una distribución de lugares emergente en la lógica familiar que anula las posibilidades de conocer o aprender sobre la historia, y que a decir de Krecl y Martínez (1998) divide a la familia: “Virtualmente los que “entienden” y

entonces pueden cumplir con la función de “explicar”, los que (como la abuela paterna) no pudieron explicar, y los que hoy no pueden entender – aprender (Patricio), ni explicar, como el padre de Patricio” (p.310).

También se presenta la postura de la madre que creció desconociendo la muerte, en contraposición con el padre, en cuya vida la muerte se mantiene como una presencia constante. Difícil lugar para las identificaciones que Patricio podrá hacerse de esta incongruencia, manteniendo un fantasma que justamente ejerce el rol de negar la muerte, o más bien negar los duelos.

Del mismo modo, la agresividad encuentra relación con la impotencia que genera la alienación con respecto a su propia historia que vive Patricio. También se constituye como una descarga por vía motora del símbolo fragmentado (resto del duelo no elaborado) transmitido quizá por ese registro únicamente. “He vivido a las patadas” dice el padre, (Krecl y Martínez, 1998, p. 306), y podría ser que Patricio se identifique con ese rasgo paterno.

Por su parte, la falta de energía vital del niño podría corresponder al esfuerzo psíquico que requiere la mantención del clivaje que da existencia al fantasma o muerto-vivo no duelado, cuya muerte se silencia. También podría entenderse que ocurre una falla en la narcisización primaria del niño por parte de su madre, la cual declara estar deprimida en el momento de su nacimiento y no lograr ponerse en contacto con las necesidades del infans, llegando incluso a ser violenta con el mismo. Pensándolo en relación a lo planteado por Laplanche (en Nusbaum, 2004) la madre con su forma de sostenerlo, de alimentarlo tapándole la nariz, transmite a este hijo una relación violenta y con posibles problemas en investir de libido e impulso vital al niño. A este parecería tratarlo como un objeto muerto, sumado a que declara no desear un varón, lo cual quizá predisponga a una identificación alienante de Patricio con su hermana fallecida, en relación a la omisión del sujeto en las frases de Patricio que permite la pregunta ¿quién es que está hablando?

Puede plantearse también una hipótesis en relación al complejo de la madre muerta postulado por Green y descrito anteriormente, ya que la madre no se encuentra totalmente disponible para el bebé dado el duelo que estaba cursando en su nacimiento por la muerte de su hija. Una madre fría, distante, que no entiende las necesidades de su niño, obliga a un Patricio bebé a identificarse con ese vacío que deja el afecto al retirarlo, lo que podría haber llevado a consecuencias en su vida afectiva posterior: dificultades sociales y emocionales.

Las autoras que relatan el caso dejan planteada la pregunta: ¿cómo se puede tener una actitud vital en una familia en la que “ronda la muerte”? Familia en la que la muerte

siempre presente y hasta, podría decirse, ansiosamente esperada por el padre marca el discurso y la historia familiar.

El padre de Patricio experimenta la muerte de su propio padre cuando tiene 11 años. Patricio “enferma” en su pubertad, como antes lo hizo su hermano Álvaro en su propia manera. ¿Repetición de un destino tanático que recuerda la muerte? ¿O mandato familiar con la fórmula “enfermarás a los 11 años, la muerte entrará en tu vida como me sucedió a mí”? A su vez, el padre contrae cuadros psicógenos cuando el mayor de sus hijos llega a la edad que él tenía al fallecer su propio padre, lo que abre aún más incógnitas sobre la repetición y los duelos no elaborados dentro de la familia paterna. ¿Desde dónde se posiciona al declarar que quiere que sus hijos entiendan la muerte y no se sorprendan? ¿Es desde el lugar de la función paterna, o desde el lugar del hijo que no superó la sorpresiva muerte de su propio padre y su hermano?

Se plantea la hipótesis de que la función paterna parece centrarse entorno al prepararse para lo inevitable, tarea insostenible: “El padre se posiciona como un titán destinado a fracasar (...) pretendiendo conocer cuándo va a morir y preparase para que ello no sorprenda.” (Krecl y Martínez, 1998, pp. 309)

Quizás los rasgos depresivos, la ansiedad y los síntomas que presenta estén asociados a la cripta que parecería portar en relación a la muerte de su padre y el ocultamiento de la misma. Al respecto su madre (abuela de Patricio) al no poder comunicarle el *indecible* establece el nexo directo muerte-engaño que favorece la formulación de la cripta, la cual contiene al muerto-vivo que “engaña” a la muerte y hace la desmentida del duelo. El *innombrable* aparecería en la incapacidad del padre y la madre de Patricio de poner en palabras lo relacionado a la muerte de su hija, y de transmitirlo a sus demás descendientes de una manera correctamente simbolizada y hecha discurso, que habilite a tramitar el duelo de forma familiar.

10. Conclusiones

A partir de las interrogantes planteadas en la introducción del presente trabajo, y de la lectura realizada para la confección del mismo, se desarrollan las siguientes conclusiones.

La transmisión entre generaciones presenta dos vertientes principales: la intergeneracional y la transgeneracional.

La primera, es aquella que refiere a la adquisición por parte del infans de las estructuras psíquicas principales de sus padres a través del mecanismo de identificación. Esto ocurre desde el momento del nacimiento, y continúa re-significándose a lo largo de toda la vida. Se incluye también aquí lo heredado a nivel arcaico, como el retoño o huella mnémica de

la represión primaria, que brinda la base a la subordinación de los impulsos propios para la convivencia en sociedad y la transmisión de los tabúes.

A esto debe sumarse el lugar construido por la madre desde antes del nacimiento, portadora del discurso del colectivo social en el que el niño viene a insertarse y a tomar su lugar a su vez como representante y continuador del mismo, que refuerza lo anteriormente mencionado.

Hasta aquí, la transmisión entre las generaciones o *intergeneracional* sería de carácter universal. Es necesaria para la construcción del psiquismo y el sujeto participa en una apropiación activa, es decir haciendo suyo lo que recibe, dándole su propio matiz de singularidad y creando un devenir oportuno para su historia.

Por otro lado, se presenta la transmisión *transgeneracional* que pasa por las generaciones a través de los sujetos, no dando lugar a la individualidad de los mismos y a la apropiación anteriormente mencionada. Algunos sucesos que para una familia (o algunos integrantes de la misma) se recubren con el carácter de traumático o un duelo imposible de ser elaborado correctamente son incluidos en el psiquismo a modo de clivaje del Yo, como un quiste o una piedra que no forma parte de esa tópica, sino que se configura como un espacio nuevo que le quita lugar y recursos a los otros.

Así, la energía mental del sujeto se concentra en mantener ese clivaje que le sirve de excusa para no enfrentar la realidad del suceso sentido como intolerable, a expensas de su vida pulsional. A nivel familiar este rehusar enfrentar al evento (o eventos) se condensa en secretos familiares, silencios alrededor de algunos temas de los que los vínculos implícitos y pactos denegativos (o alianzas) prohíben hablar. Se constituyen no-dichos y vacíos en la representación (o representaciones fragmentadas, estalladas) que el niño detecta en relación a la historia familiar y a la historia de sus padres. Por diversas vías es transmitido al niño un mensaje contradictorio, pudiendo ser entre lo que se dice y el afecto que se le adjudica, entre lo que se hace y lo que se habla, admitiendo otras combinaciones entre lo verbal, lo motor, lo afectivo y lo representacional.

Dichas incongruencias entre registros de la simbolización dejan su huella en el niño, que se ve obligado a llenar los vacíos de representación que encuentra por identificación en sus padres, las lagunas en la historia de ellos, con fantasías propias.

Los autores difieren en la forma de nombrar a este proceso pero se desprende del estudio de las teorías que la “transmisión psíquica”, “influencia transgeneracional”, “telescopaje de las generaciones” refieren al mismo mecanismo de inclusión que realiza el niño de los aspectos no elaborados por sus padres, aquellos que sufrieron una simbolización fallida dada su carga emocional desbordante. Esto se hace lejos de un proceso de historización,

es decir que no se respeta el espacio inter-subjetivo que da al infans su singularidad y se le transmiten contenidos estallados a través de él.

Las consecuencias de ello en la generación de descendientes se extienden desde los problemas cognitivos (de comprender-aprender), dificultades atencionales, toxicomanías, fobias, conductas inmotivadas, trastornos hepatodigestivos, trastornos psicósomáticos, hasta sensaciones de extraña angustia que no encuentran relación con eventos de la vida propia del sujeto, ya que corresponden a la historia de un otro que los habita.

A esto último refieren las “identificaciones alienantes”: el individuo se ve sometido a efectos patógenos de una transmisión transgeneracional de huellas psíquicas vacías o fragmentadas, que repercuten en la relación con sus “padres internos” y lo hacen identificarse con los aspectos negados de la historia de otro, a costas de su propia vida psíquica.

También estos efectos tendrán su variación dependiendo de la distancia de la generación a los eventos revestidos de carácter traumático que originaron las conductas de ocultamiento y desmentida. No serán las mismas consecuencias en una primera generación de descendientes, donde las dificultades tienen a surgir en el orden de la semantización o puesta en palabras, que en la segunda o las siguientes. En estas últimas el problema parecería presentarse más frecuentemente en entrar en contacto con el suceso disparador del cual no se tiene sentido alguno, dada la distancia temporal y subjetiva al mismo.

Debido a esta razón se postula que es la tercera generación la que se encuentra más apta para indagar las extrañas sensaciones y síntomas sin sentido que se les presentan, pudiendo dar origen a un proceso de historización a nivel familiar que re-signifique las experiencias pasadas y se desprenda de los mecanismos patológicos desplegados para evitar la angustia. Puede pensarse entonces que esta tercera generación sería capaz de semantizar los “no-dichos” y silencios familiares transformándolos en palabras, dado que ya no se encuentran tan implicados como la primera y la segunda generación, quienes con los recursos de los que disponían no lograron diagramar otra alternativa que la de mantener el silencio.

A nivel clínico se debe tener como eje el trabajo de des-identificación de las identificaciones alienantes, necesario para liberar las ataduras que impiden la comprensión de un tiempo generacional que defina la singularidad de sus integrantes, de otra forma forzados a la fusión e indiscriminación familiar. El relato de los eventos originarios vividos ayuda a la separación de la personalidad propia de aquella del familiar duelado, no por su efecto catártico, sino porque habilita la inscripción de nuevas

posibilidades discursivas y de organización de la experiencia, dejando de lado los mecanismos patológicos de asimilación de la misma hasta el momento aplicados.

El lugar del analista se presenta en las particularidades de la clínica de pacientes con “dolores generacionales” desde el espacio de una memoria auxiliar, que ayuda a reconstruir un relato o historia posible del pasado. Se busca dar sentido a lo hasta ahora no significado por el paciente o por sus ancestros, muchas veces ejerciendo un rol de “detective” sobre los puntos que desconciertan la escucha.

La búsqueda en la clínica se centra en que los hijos y nietos logren asimilar aspectos más realistas del familiar fallecido idealizado, mantenido como un “muerto-vivo” en la cripta. También se busca dar significado a la experiencia traumática desbordante (de origen individual o social), llenar los vacíos de identificación y des-identificarse con el psiquismo de un otro que los oprime. Cuando se logra reanudar el trabajo de elaboración de un duelo hasta entonces suspendido, pueden sentirse habilitados a renovar la historia familiar generacional y dar entrada a nuevos procesos discursivos no patológicos.

Por último, se desprende de la formulación de este trabajo, que estudiar la transmisión generacional en todas sus formas constituye un campo muy amplio. Pretender abordarla de manera más completa constituiría una extensión que excede los marcos de esta monografía. Debido a ello, se reconoce que el intento de trabajar ciertos aspectos de la transmisión llevó a hacer a un lado varias líneas de pensamiento respecto a la clínica generacional. Entre ellas en particular, los aspectos contratransferenciales que se presentan (que constituyen importantes herramientas para detectar estas problemáticas), las singulares manifestaciones sintomáticas del símbolo fragmentado transmitido, algunas precisiones de la perspectiva freudiana con respecto a la transmisión, la temporalidad transgeneracional, entre algunas otras cuestiones que quedarán abiertas en la forma de interrogantes para futuras aproximaciones al tema.

11. Referencias bibliográficas

- Abraham, N. y Torok, M. (2005). *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1977). El espacio al que el Yo puede advenir. En P. Aulagnier. *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. (pp. 112-185) Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1991). Construir(se) un pasado. *Psicoanálisis APdeBA*, (13)3, 441-468.
- Baranes, J. (1996). Devenir sí-mismo: avatares y estatuto de lo transgeneracional. En R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp. 187-208). Buenos Aires: Amorrortu.
- Bayo-Borrás, R. (2007). Memoria histórica: duelo, recuerdo y transmisión transgeneracional. *Revista Digital Intercanvis*, 25, 29-38.
- Berenstein, I. (2001). *El sujeto y el otro. De la ausencia a la presencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Bertin, F. y Aliani, N. (2011). Memoria y transmisión generacional. *Revista de Psicología Uaricha*, 8, 36-44.
- Biedermann, N. (1991). Detenidos desaparecidos: consecuencias para la segunda generación. *Derechos Humanos, Salud Mental, Atención Primaria: Desafío Regional*. 203-210, Santiago de Chile: Editorial Cintras.
- Bleichmar, H. (2010). Una reformulación del duelo patológico: múltiples tipos y enfoques. *Aperturas Psicoanalíticas*, 35. Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=647ya=Una-reformulacion-del-duelo-patologico-multiples-tipos-y-enfoques-terapeuticos>
- Bodnar, L. y Zytner, R. (2000). Yo canto una canción que se llama silencio. Acerca del duelo en las experiencias límites en situaciones de violencia extrema. *Los duelos y sus destinos. Depresiones hoy*, 1, 111-122.
- Chabalgoity, A. (2011). Con los miedos de él alcanza... *Psicoterapias Psicoanalíticas de AUDEPP*, 4, 73-89.
- Consoli, G. y Jaroslavsky, E. (2008) Entrevista a Haydee Faimberg. *Psicoanálisis e Intersubjetividad*, 4. Recuperado de: <http://www.intersubjetividad.com.ar/website/articulop.asp?id=208&idioma=&idd=4>
- Del Valle Laguna, M. (2014). Transmisión transgeneracional y situaciones traumáticas. *Temas de Psicoanálisis*, 7, 1-28.
- Delucca, N. y Petriz, G. (2004). *La transmisión transgeneracional en las nuevas modalidades familiares*. Recuperado de: www.fimte.fac.org.ar/doc/10petriz/10petriz05.doc
- Duek, D., Califano, V., Becker, S. y Waisbrot, D. (1989). El secreto y sus efectos. *5tas Jornadas Freudianas*. Recuperado de: http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/056_adolescencia2/material/fichas/transmision_psiquica.pdf
- Enriquez, M. (1996a). El delirio en herencia. En R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp. 97-129). Buenos Aires: Amorrortu.

- Enriquez, M. (1996b). Incidencia del delirio parental sobre la memoria de los descendientes. En R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp. 146-166). Buenos Aires: Amorrortu.
- Faimberg, H. (1996a). El telescopaje de las generaciones. Acerca de la genealogía de ciertas identificaciones. En R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp. 75-96). Buenos Aires: Amorrortu.
- Faimberg, H. (1996b). A la escucha del telescopaje de las generaciones: pertinencia del concepto. En R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp. 130-145). Buenos Aires: Amorrortu.
- Faúndez, X. y Cornejo, M. (2010). Aproximaciones al estudio de la Transmisión Transgeneracional del Trauma Psicosocial. *Revista de Psicología*, 19(2), 31-54.
- Freud, S. (1986). Totem y Tabú. En S. Freud, *Obras completas* (2ª ed.) (vol.13, pp.1-164) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912)
- Freud, S. (1986). Introducción del narcisismo. En S. Freud, *Obras completas* (2ª ed.) (vol.14, pp.19-27) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1986). Duelo y Melancolía. En S. Freud, *Obras completas* (2ª ed.) (vol.14, pp.235-255) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1986). Lo ominoso. En S. Freud, *Obras completas* (2ª ed.) (vol.17, pp. 215-251) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919)
- Freud, S. (1986). El yo y el ello. En S. Freud, *Obras completas* (2ª ed.) (vol.19, pp. 1-66) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923)
- Freud, S. (1986). Moisés y la religión monoteísta. En S. Freud, *Obras completas* (2ª ed.) (vol.23, 1-41) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939)
- Gomel, S. (1997). *Transmisión generacional, familia y subjetividad*. Buenos Aires: Editorial Lugar.
- Greco, O. (2007). La transmisión de una experiencia traumática a lo largo de las generaciones: un caso clínico. *Psicoanálisis e Intersubjetividad*, 2.
- Green, A. (1983). La madre muerta. En A. Green *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harsch, C. (1988). Transmisión transgeneracional de un modelo vincular madre-hija. *El amor helado en cinco generaciones*. Recuperado de: http://www.kaimh.org/Websites/kaimh/images/Documents/TRANSMISION_TRANSGENERACIONAL.pdf
- Joubert, C. (2008). Los efectos de la transmisión psíquica transgeneracional sobre el vínculo de alianza. *Psicoanálisis e Intersubjetividad*, 4.
- Kaës, R. (1991a). El Pacto denegativo en los conjuntos transubjetivos. En R. Kaës, *Lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (1991b). Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria. Notas para una investigación. En R. Kaës, *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Bibliotecas Universitarias.
- Kaës, R. (1993). Alianzas, pactos y contratos inconscientes. En *El grupo y el sujeto del grupo*. (317-338). Buenos Aires: Amorrortu.

- Kaës, R. (1996a). Introducción: el sujeto de la herencia. En R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp. 13-30). Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (1996b). Introducción al concepto de transmisión psíquica en el pensamiento de Freud. En R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (pp. 31-46) Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (1997). La transmisión de la vida psíquica entre generaciones: aportes del psicoanálisis grupal. En *Malestar en los vínculos, Marzo 1998*.
- Kaës, R. (1998). Introducción: Dispositivos psicoanalíticos y emergencias de lo generacional. En A. Eiguier, A. Cares, F. André-Fustier, A. Aubertel, A. Ciccoine y R. Kaës, *Lo generacional: Abordaje en terapia familiar psicoanalítica*. (pp. 11-23). Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (2007). El futuro en herencia. El complejo del abuelo. En *Ciclo de Conferencias de A.U.P.C.V. Abril de 2007*. Montevideo: AUPCV.
- Krecl, V. y Martínez, C. (1998). Patricio: de su ser empobrecido y del no saber familiar. Presentado en el *XIII Congreso Latinoamericano de Psicoterapia Analítica de Grupo*. Montevideo: FLAPAG.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Larbán, J. (2013). Transmisión psíquica inconsciente de contenido traumático. *Revista de Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente*, 22. Ed: Fundación Orienta.
- Losso, R. y Packciarz, A. (2007). *La fantasía inconsciente compartida familiar de elaboración transgeneracional. Repetición transgeneracional. Elaboración transgeneracional*.
Recuperado de: <http://www.psicoanalisis.com.ar/Losso/Tbjo.Losso.htm>
- Madariaga, C. (2003). Daño transgeneracional en Chile. Apuntes para una conceptualización. *Reflexión*, 30, 11-16.
- Meschiany, M. (2008). Enfoque transgeneracional. *Actualidad Psicológica*, 33(367), 30-32.
- Nachin, C. (1997). Del símbolo psicoanalítico en la neurosis, la cripta y el fantasma. En S. Tisseron, M. Torok, N. Rand, C. Nachin y J.C. Rouchy, *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (pp. 63-94). Buenos Aires: Amorrortu.
- Nicoló, A. (1993). Lo transgeneracional, entre mito y secreto. *Interazione*, 1/96. Recuperado de:
http://www.psicologiagrupal.cl/escuela/index.php?option=com_content&view=article&id=238:lo-transgeneracional-entre-mito-y-secreto&catid=43:articulos&Itemid=69
- Nusbaum, S. (2004). Lo transgeneracional en el Pensamiento Francés Contemporáneo.
Recuperado de:
http://apdeba.aulainstitucional.com.ar/file.php/1/Nusbaum_Jornadas-FRANCES_1_2_Transgeneracional_2004.pdf
- Puget, J. (1998). Transmisión generacional, familia y subjetividad. Silvia Gomel. *Malestar en los vínculos, Marzo 1998*.
- Raznoszczyk, C. (2011). Transmisión transgeneracional y la clínica de niños. La herencia psicótica: ¿inscripción o destino? *Psicoterapias Psicoanalíticas de AUDEPP*, 7(4), 57-71.

- Rodríguez, C. y Espinoza, A. (2007). La memoria enquistada: un acercamiento al trauma transgeneracional. *Reflexión*, 33.
- Rojas, M. (2000). Itinerario de un Vínculo: transferencia y transformación. Relato clínico: una familia silenciosa. En I. Berenstein (Comp) *Clínica Familiar Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Rotenberg, E. (2008). *La pieza de la cadena. Familia y transmisión*. Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=9>
- Roucy, J. C. (1997). Secreto intergeneracional: transfusión, guardián, resurgencia. En S. Tisseron, M. Torok, N. Rand, C Nachin y J.C. Rouchy, *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (pp 165-195). Buenos Aires: Amorrortu.
- Schützenberger, A. (2008). *¡Ay, mis abuelos! Lazos transgeneracionales, secretos de familia, síndrome de aniversario, transmisión de los traumatismos y práctica del genosociograma*. Buenos Aires: Editorial Taurus.
- Segoviano, M. (1998). Entrevista con René Kaës. *Malestar en los vínculos, Marzo 1998*.
- Segoviano, M. (2008). Transmisión Psíquica Escuela Francesa. *Psicoanálisis e Intersubjetividad*, 3.
- Tapia, M. y Pérez, M. (2011). La transmisión transgeneracional del psiquismo. *Uaricha*, 8, 45-52.
- Tisseron, S. (1997a). Introducción: El psicoanálisis ante la prueba de las generaciones. En S. Tisseron, M. Torok, N. Rand, C Nachin y J.C. Rouchy, *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (pp 11-34). Buenos Aires: Amorrortu.
- Tisseron, S. (1997b). Las imágenes psíquicas entre las generaciones. En S. Tisseron, M. Torok, N. Rand, C Nachin y J.C. Rouchy, *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (pp. 141-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- Vergara, M. (2014). *Duelos transgeneracionales*. Recuperado de: <http://spm.mx/home/duelos-transgeneracionales-2/>
- Werba, A. (2002). Transmisión entre generaciones. Los secretos y duelos ancestrales. *Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, 24, 295-313.
- Zytner, R. (2002). De Silencio... Entierros... Desentierros. Reflexiones sobre "El secreto" y "Testigos", de Eugenia Bekeris. *Querencias*, 5.
- Zytner, R. (2014, agosto). *Psicoanálisis Relacional y la clínica del trauma*. Material presentado en Maestría de Psicología Clínica y Formación Permanente: Psicoanálisis Relacional: viejas y nuevas perspectivas en la clínica actual. Facultad de Psicología. Montevideo.